# Créditos

Ilustración portada: Kenneth Muñoz-
Arturo Gana-Joaquín Mena- Sofía Rojas.
Corrección de estilo: Emilia Ensemeyer.
Prólogo: Miss Alejandra Díaz B.
Diseño editorial: Miss Jeannette Espinoza.
Financiamiento: Sun Valley College
Impresión:  Impresiones G & D, Los Andes

# Prólogo.

“Once voces, tres caminos, infinitas historias…”

La literatura es un universo en el que las palabras cobran vida, las emociones encuentran su expresión y la imaginación abre caminos hacia mundos posibles. Es el espacio donde una idea puede transformarse en poema, una experiencia puede convertirse en cuento y un conflicto puede adquirir voz y movimiento sobre un escenario.

Este libro nace del encuentro de 11 estudiantes del Electivo de literatura de Tercer y Cuarto año medio, quienes aceptaron el desafío de explorar su creatividad y dar formas a sus propias ideas a través de la escritura. Cada uno emprendió un camino particular guiados por sus intereses e inquietudes.

Como profesor, resulta especialmente significativo acompañar a los estudiantes en este proceso creativo. Enseñar literatura no consiste solamente, en identificar características o comprender estructuras; también significa ofrecer oportunidades para descubrir la propia voz, desarrollar el pensamiento crítico, explorar la sensibilidad y reconocer sus propios talentos.

Los invitamos a disfrutar y reconocer el trabajo de este grupo de estudiantes quienes conformaron el electivo de literatura 2026.

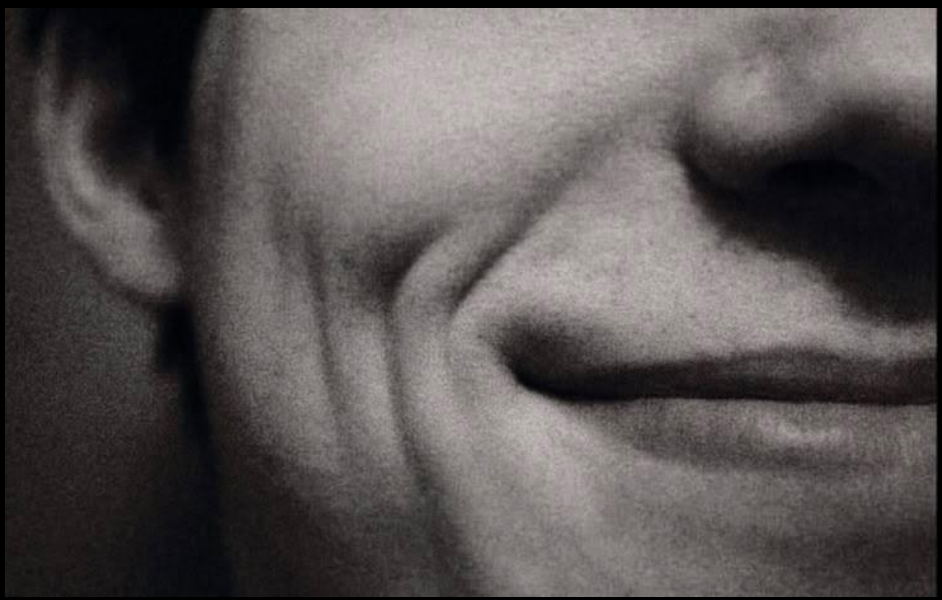
Muchas Gracias.

Y Adelante …

# Índice


| | |
|---|---|
| Ese amor a primera sonrisa | 4 |
| Querida Luna | 32 |
| Después de Ella | 39 |
| Entre el amor y las dudas | 57 |
| El amor por definición | 64 |
| ¿Tu eres la llave? | 69 |
| Filosofía según las locas | 80 |
| Mi ultima memoria de nosotros | 113 |
| Sueños de un flechazo de amor | 125 |
| Nunca pensé quererte tanto | 167 |
| Larga espera | 171 |
| Dime corazón | 177 |

# Ese amor a primera sonrisa





Maria Paz Abarca

# Biografía

Mi nombre es María Paz Abarca, soy chilena y actualmente curso tercero medio. Mi historia comienza junto a mi familia, especialmente mis padres, quienes forman parte de mis raíces y han influido en la persona que soy hoy. A lo largo de mi vida, he ido construyendo mi identidad a partir de las experiencias, los recuerdos y las personas que me rodean.

Me apasionan el arte, la música y la danza, formas de expresión que me permiten conectar con mis emociones y ver el mundo desde distintas perspectivas. Me considero una persona creativa, sensible y en constante aprendizaje, que encuentra inspiración tanto en las experiencias cotidianas como en los sentimientos humanos.

Este cuento es una pequeña parte de mi imaginación y de mi manera de comprender la vida, una oportunidad para transformar emociones e ideas en palabras y compartirlas con quienes se adentren en esta historia.

# Ese amor a primera vista.

A veces me pregunto cuánto tiempo de nuestra vida pasamos realmente viviendo y cuánto tiempo pasamos esperando que algo suceda. Cuántas veces estamos sentados frente a una persona que nos quiere, escuchando su voz, mirando sus gestos, sin imaginar que algún día daríamos cualquier cosa por volver a escucharla una vez más. Me pregunto cuántos momentos hemos desperdiciado pensando en el mañana, sin entender que ese mismo mañana podría convertirse en el recuerdo más doloroso.

Es difícil entender cómo funciona el tiempo. Mientras algo nos pertenece, parece que siempre habrá otra oportunidad. Otro día para decir lo que sentimos, otro abrazo antes de despedirnos, otra tarde para quedarnos “solo un ratito más”. Nos acostumbramos tanto a la presencia de ciertas personas que dejamos de admirarlas; creemos que conocer a alguien significa que ya no queda nada por descubrir, que querer a alguien es suficiente para mantenerlo a nuestro lado. Y entonces seguimos con nuestras vidas, como si las cosas más importantes no pudieran acabarse nunca. Hasta que se acaban.

Y es ahí cuando empezamos a recordar. No necesariamente los grandes acontecimientos, ni las fechas que alguna vez consideramos inolvidables, sino las cosas más pequeñas: una risa en medio de una conversación absurda, un par de ojos que te miran con atención, una canción que escuchamos tantas veces que terminó convirtiéndose en parte de nosotros. Recordamos lo que dijimos, pero, sobre todo, lo que callamos y de que nos arrepentimos. Lo que pudimos haber hecho y no hicimos. Las veces que elegimos acumular el orgullo en lugar de pedir perdón.

veces que elegimos acumular el orgullo en lugar de pedir perdón.

Durante mucho tiempo pensé que el arrepentimiento consistía en desear que algo nunca hubiera ocurrido. Ahora pienso que es mucho más cruel que eso. A veces, arrepentirse es desear que algo hubiera durado un poco más. Es comprender que no querías cambiar la historia, sino que solo querías estar más presente en ella. Haber mirado mejor, escuchado más, abrazado sin pensar en cuándo sería la próxima vez.

Yo también tuve algo así. Algo que, mientras existía, me parecía tan cotidiano que nunca me detuve a preguntarme qué haría si un día dejaba de existir.
Y lo más doloroso es que no lo perdí de un momento a otro. No hubo una última vez perfectamente planeada, ni una despedida que mezcla dramatismo y romanticismo como en una película, ni un dialogo perfectamente ensayado capaz de resumir todo lo que habíamos sido. Lo fui perdiendo lentamente, en pequeñas decisiones que parecían insignificantes, hasta que un día me hice consciente y comprendí que no sabía cómo arreglar todo lo que ya había roto sin gran intención.
Para explicar cómo llegué hasta aquí, tengo que regresar al principio. A un momento en mi vida en la que todavía creía que la vida era más larga, que las personas siempre tendrían tiempo para nosotros y que el amor, cuando era verdadero, encontraba por sí solo la manera de quedarse.

Tenía diecisiete años cuando conocí a la persona que terminaría enseñándome todo lo que acabo de relatar. Lo curioso es que no recuerdo grandes datos o pequeños detalles de ese día . La memoria humana es mucho más compleja de lo que creemos; la psicóloga Elizabeth Loftus, relata que nuestros recuerdos no son reproducciones exactas del pasado, sino que pueden cambiar y reconstruirse con el tiempo.

Me pregunto cuánto de lo que recuerdo sucedió realmente como lo imagino y cuánto ha cambiado con los años. Si fue su sonrisa la que recuerdo o la que mi memoria decidió conservar.
No sé exactamente cuándo comenzó todo. Si fue en esa tarde de otoño, cuando lo vi por primera vez, o si empezó mucho antes, en alguna de esas pequeñas casualidades a las que uno no les presta atención hasta que se convierten solo en recuerdos.

Me llamo Katherine, aunque casi todos me dicen Kathy. Tenía diecisiete años cuando conocí a Erick. Era un martes cualquiera. De esos días en los que uno despierta sin ganas de levantarse, cuenta las horas para volver a la casa y piensa que mañana será exactamente igual. El cielo estaba gris y hacía frío, pero yo había salido sin chaqueta porque, por alguna razón, estaba convencida de que no llovería.
Me equivoqué.
Cuando llegué al café de la esquina, tenía el pelo húmedo y las manos heladas. Entré buscando un lugar donde esperar a que dejara de llover, sin imaginar que, unas mesas más allá, un desconocido estaba a punto de convertirse en una de las personas más importantes de mi vida.

Lo vi por primera vez cuando intentaba acomodar sus cosas sobre una mesa demasiado pequeña. Tenía un cuaderno abierto, un café que parecía haberse enfriado hacía rato y una expresión de concentración que no calzaba con el desorden que lo rodeaba. No fue amor a primera vista, en ese momento ni siquiera pensé que fuera particularmente guapo. Simplemente me llamó la atención la tranquilidad con la que parecía estar en su propio mundo, como si el ruido de la calle y la lluvia contra las ventanas no tuvieran nada que ver con él.
El café estaba lleno, así que, entre tanta pelea conmigo misma y un par de palabras de aliento, agarre valor y me acerqué a su mesa a probar suerte
—¿Está ocupado? —pregunté, apuntando la silla que tenía enfrente.
Él levantó la mirada y negó con la cabeza.

Él levantó la mirada y negó con la cabeza.
—Ahora sí —respondió, sonriendo—. Antes estaba teniendo una conversación bastante aburrida conmigo mismo.
No pude evitar reírme.
Y así conocí a Erick: con las manos heladas, el pelo mojado y una risa que, en ese momento, no significó absolutamente nada.
O al menos eso creí, como dije en un comienzo uno mismo no se hace consciente de las situaciones que pasa hasta que se vuelven recuerdos, eso me pasó con Erick, ese mismo día, no pude quitarme la imagen de él sonriendo mientras movía su desorden hacia un lado para que yo pudiera sentarme y tener un espacio en esa mesa de cafetería tan pequeña, era una sonrisa particular, ese tipo de sonrisas que sientes que son capaces de iluminan un lugar entero.

Durante los días siguientes, volví a encontrarme con Erick más veces de las que habría considerado una casualidad. Al principio, apenas intercambiábamos un par de palabras; después, las conversaciones comenzaron a prolongarse y, sin que ninguno de los dos lo decidiera realmente, empezamos a reservarnos un pequeño espacio en nuestros días. Me acostumbré a verlo sentado junto a la ventana, casi siempre con el mismo café y aquel desorden que parecía acompañarlo a todas partes. A veces hablábamos durante horas; otras, simplemente compartíamos la mesa mientras cada uno hacía sus cosas. Lo curioso era que nunca sentía la necesidad de llenar todos los silencios. Con él, el silencio no parecía una señal de que algo estaba mal. Y creo que esa fue una de las primeras cosas que me gustaron de Erick, aunque en aquel entonces todavía no habría sabido cómo explicarlo.

Pienso que uno nunca se da cuenta del momento exacto en que empieza a querer a alguien. No hay una fecha que pueda anotarse en un calendario ni una señal que anuncie que, a partir de entonces, esa persona tendrá un lugar diferente en tu vida.
Simplemente sucede.

Un día te descubres guardando algo para contárselo después. Otro, recuerdas una frase suya en medio de una situación completamente distinta. Y, cuando finalmente te das cuenta, esa persona ya forma parte de tus pensamientos más cotidianos.

Eso me pasó con Erick. No recuerdo cuando empecé a esperarlo, pero sí recuerdo que hubo un momento en el que dejé de preguntarme si volvería a verlo y comencé a preguntarme cuándo.

Al principio, Erick y yo no éramos más que dos desconocidos que coincidían de vez en cuando en el mismo café. No teníamos ninguna razón particular para buscarnos, ni habíamos hecho promesas de volver a vernos. Sin embargo, por alguna razón, terminábamos encontrándonos. A veces llegaba antes que él y me sentaba junto a la ventana. Otras veces, cuando entraba, lo encontraba con el cuaderno abierto y un lápiz en su mano mirando hacia la calle como si estuviera esperando que algo interesante pasara. Con el tiempo, comencé a reconocerlo incluso antes de distinguir su rostro. Había algo en su manera de caminar, en la forma en que se acomodaba el pelo cuando estaba distraído, que hacía que supiera que era él.

Nunca se lo dije, por supuesto, tampoco quería que creyera que estoy loca. Me habría parecido ridículo admitir que comenzaba a reconocer los pasos de alguien a quien apenas conocía.

Nuestras conversaciones tampoco tenían nada extraordinario.

Hablábamos de música, de películas que ninguno de los dos había entendido bien, de profesores que nos caían mal y de las cosas que queríamos hacer cuando fuéramos mayores. Erick decía que quería conocer lugares en los que nadie lo conociera, mientras que yo le respondía que no tenía sentido viajar tan lejos si uno terminaba llevándose los mismos problemas en la maleta, bastante pesimista de mi parte, pero quería saber hasta donde podíamos llegar, y en el fondo probar su paciencia.

hasta donde podíamos llegar, y en el fondo probar su paciencia.
Él se reía cuando decía esas cosas.
—Tienes una manera bastante triste de ver el mundo, Katherine.
—Y tú tienes una manera bastante ingenua de verlo, Erick.
—Entonces supongo que nos equilibramos.
En ese momento me parecía una frase cualquiera. Una de tantas que escuché de su boca y que olvidé apenas terminó el día. Ahora me pregunto cuántas veces dejamos pasar palabras importantes porque fueron dichas de la manera más sencilla posible.

Con Erick aprendí que conocer a alguien no consiste solamente en saber su color favorito, su comida preferida o la música que escucha cuando está de buen humor. Consiste también en descubrir lo que intenta esconder cuando se ríe demasiado fuerte, las preguntas que evita responder y las cosas que le duelen, aunque asegure que ya no le importan demasiado. Yo, por ejemplo, tenía la costumbre de fingir que nada me afectaba. Si algo me salía mal, hacía una broma. Si estaba triste, decía que tenía sueño. Y si alguien me preguntaba qué me pasaba, respondía que nada, incluso cuando por dentro tenía tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Erick fue una de las primeras personas que no pareció creerme. Una tarde, después de un día bastante malo, nos encontramos en el café. Yo había discutido con alguien de mi familia y llevaba horas intentando convencerme de que no era para tanto. Cuando Erick me preguntó cómo estaba, le di la respuesta de siempre.

—Bien.
Me observo con su mirada penetrante durante unos segundos.
—Ya, y ahora dime la verdad.
No supe qué contestar.
No recuerdo exactamente qué le dije después. Probablemente hablé demasiado, saltando de un tema a otro como normalmente lo hago, intentando explicar algo que ni siquiera yo comprendía del todo. Él no me interrumpió ni intentó darme una solución para cada problema. Simplemente se quedó allí, escuchándome, mientras la tarde pasaba.
Cuando terminé de hablar, sentí vergüenza. Me había acostumbrado tanto a esconder mis sentimientos que hablar de ellos me parecía una debilidad.
—Perdón por aburrirte con mis problemas —murmuré.
Erick frunció el ceño.
—¿Quién te dijo que me aburren?
Me encogí de hombros.
—No sé. Nadie, lo digo solo por suponer
—Entonces no pidas perdón por algo que nadie te ha reclamado.
Fue una respuesta sencilla, pero me quedé pensando en ella durante el resto del día. Quizás porque pocas veces alguien me había permitido estar triste sin hacerme sentir que tenía encontrar rápidamente una maneDespués de esa tarde, nuestras conversaciones cambiaron. No porque empezáramos a hablar de cosas más importantes, sino porque dejamos de tener miedo de hacerlo. Él me contó que a veces sentía que tenía ra de dejar de estarlo

que convertirse en alguien distinto para no decepcionar a los demás. Me habló de sus inseguridades, de sus miedos y de esa extraña sensación de estar creciendo sin saber muy bien hacia dónde iba y que haría con su vida.

Yo lo escuchaba con la misma atención que él me había brindado a mí.

Descubrí que Erick no era tan despreocupado como parecía. Su sonrisa no significaba que siempre estuviera feliz, del mismo modo en que mi silencio no significaba que no tuviera nada que decir. Éramos dos personas intentando entenderse a sí mismas y que, de alguna manera, habían encontrado un lugar seguro en la compañía del otro. No sé cuánto tiempo pasó hasta que comenzamos a buscarnos fuera del café. Quizás unas semanas. Quizás más. Lo verdad es que, cuando quise darme cuenta, ya no necesitábamos una casualidad para encontrarnos, empezamos a caminar juntos después de clases.

A veces comprábamos algo para comer y nos sentábamos en una plaza, donde hablábamos hasta que el frío nos obligaba a levantarnos. Otras veces recorríamos calles que no teníamos ninguna necesidad de recorrer, solamente porque ninguno de los dos parecía tener prisa por despedirse, solo caminar y hablar.

Erick tenía una costumbre que al principio me parecía absurda: siempre quería escuchar música mientras caminábamos.

Compartíamos los audífonos de su teléfono, uno para cada uno, y él se empeñaba en mostrarme canciones que yo no conocía.

—Escucha la letra con atención —me decía.
—La estoy escuchando.
—No, Katherine. Estás esperando que termine para decirme si te gustó.
—¿Y cómo sabes eso?
—Porque llevas toda la canción mirando a tu alrededor sin sentido.
Le daba un golpe suave en el brazo y él solo se reía.
Con el tiempo, algunas canciones comenzaron a pertenecerme. Las escuchaba y recordaba una tarde en particular, una caminata, una conversación que ya no sabía reproducir palabra por palabra, pero solo recordaba parte de ella. Había canciones que me hacían pensar en su risa y otras que me devolvían la sensación de estar sentada junto a él, sin tener que hacer nada increíble para sentirme bien. Nunca imaginé que la música pudiera guardar tantas cosas. Ahora entiendo que no eran las canciones las que me emocionaban. Era todo lo que había ocurrido mientras sonaban, los recuerdos que traían.
También empezamos a inventar pequeñas tradiciones. Los martes, si podíamos, nos encontrábamos en el café. Cuando alguno tenía un día especialmente malo, el otro debía invitarle algo dulce. Si encontrábamos una canción que nos gustara, teníamos que enviársela al otro, sin importar la hora. Parecían reglas tontas. Lo eran, probablemente. Pero la vida está llena de cosas tontas que, sin que nos demos cuenta, terminan convirtiéndose en las más importantes, cosas del amor diría yo.
Una tarde, mientras caminábamos de regreso a casa, Erick me preguntó qué era lo que más miedo me daba del futuro.

Le respondí casi de inmediato que fracasar. No alcanzar lo que quería, decepcionar a las personas que confiaban en mí, terminar siendo alguien que no se reconociera cuando se mirara al espejo, y ser infeliz en lo mío.
Él se quedó callado.
—¿Y a ti? — Le pregunté.
Se demoró un poco en responder.
—Que algún día todo esto me parezca los suficientemente lejano como para no volver.
—¿A que te refieres con “todo esto”?
Apuntó la calle, las casas, los árboles que se movían con el viento suave. Después me miró.
—Todo. La gente que quiero, los lugares a los que voy, las cosas que hago ahora. Que algún día me acuerde de esto y sienta que pasó hace demasiado tiempo.
Me reí, porque no supe qué otra cosa hacer.
—Erick, tenemos toda la vida por delante.
Él sonrió suavemente y desvió su mirada de mi.
—Eso espero.
En ese momento no entendí por qué había respondido así. Me parecía imposible pensar en la vida como algo que pudiera acabarse antes de siquiera pensarlo. Éramos jóvenes, teníamos planes, nos quedaban demasiadas cosas por hacer. ¿Cómo íbamos a preocuparnos por perder algo que apenas estábamos comenzando a vivir?
Qué poco sabemos cuándo creemos que tenemos todo el tiempo del mundo.

No recuerdo el día exacto en que comencé a enamorarme de Erick. He intentado encontrarlo en mi memoria, como si el amor tuviera una fecha de inicio que pudiera encontrar en el calendario. He buscado entre nuestras primeras conversaciones, en las fotografías que nos tomamos y en los mensajes que todavía recuerdo haber leído antes de ir a dormir.

Pero no hay un momento preciso que si recuerdo.

No hubo una mañana en la que despertara y comprendiera que estaba enamorada. No hubo una revelación extraordinaria ni una escena como de una película. Simplemente, un día me sorprendí guardando cosas para contárselas después. Otro día, me sorprendí sonriendo al leer su nombre en la pantalla de mi teléfono.

Y, en algún momento que tampoco fui capaz de reconocer, empecé a pensar en él incluso cuando no estaba conmigo.

Quería saber cómo le había ido, qué había almorzado, si había escuchado alguna canción nueva o si todavía le molestaba aquella situación de la que me había hablado días antes. Quería estar presente en su vida de la misma manera en que él comenzaba a estar presente en la mía, lo sentía como una pequeña necesidad.

Lo curioso es que nada era extraordinario. Era simplemente Erick.

El mismo que se burlaba de mis gustos musicales, que siempre llegaba unos minutos tarde y que parecía incapaz de terminar un café antes de que se enfriara. El mismo que podía pasar diez

minutos hablando de una canción y después quedarse callado durante media hora porque había visto algo que le recordaba a su infancia, ese tipo de cosas que una nota en personas que quiere. Me gustaba su manera de reírse, pero también la forma en que intentaba esconder la sonrisa cuando algo le daba vergüenza. Me gustaba escucharlo hablar de las cosas que le apasionaban y verlo emocionarse por detalles que los demás probablemente no habrían notado. Me gustaba incluso cuando me irritaba.

Y quizás esa fue la primera señal de que lo que sentía estaba dejando de ser una simple amistad: ya no necesitaba que Erick fuera perfecto para querer estar cerca de él.

Una tarde, mientras estábamos sentados en la plaza, apoyó su cabeza en mi hombro. Lo hizo con tanta naturalidad que al principio no supe cómo reaccionar. Me quedé quieta, mirando a las personas que pasaban frente a nosotros, intentando convencerme de que aquel gesto no significaba nada. Pero lo significaba todo para mí.

Podía sentir el peso de su cabeza sobre mi hombro y el roce de su suave pelo en mi cuello. Recuerdo que pensé que debía decir algo, hacer alguna broma o moverme para que no notara mis nervios. Sin embargo, terminé quedándome en silencio, muy quieta, tratando de actuar con naturalidad.

Erick cerró los ojos.

—Podría quedarme aquí toda la tarde —murmuró.

—Te vas a quedar dormido.

—Despiértame cuando nos hagamos viejitos.

Me reí y él también.
No sé cuánto tiempo permanecimos así. Seguramente no fueron más que un par de minutos, pero mi memoria guardó esa tarde de una manera extraña. No recuerdo qué ropa llevaba ni qué habíamos hablado. Lo único que puedo recordar con claridad es la sensación de tenerlo cerca y la tranquilidad que me hacía sentir. A veces pienso que la memoria no conserva necesariamente los momentos más importantes, sino aquellos que, por alguna razón, consiguen permanecer en nosotros. Quizás por eso puedo recordar la cabeza de Erick sobre mi hombro, pero no todas las conversaciones que tuvimos durante aquellos meses.
Y quizás por eso me duele tanto.
Porque ahora sé que, mientras yo estaba sentada en esa plaza, pensando que todavía tendríamos miles de tardes juntos por delante, estaba viviendo una de las que algún día me gustaría recuperar.
Después de esa situación, las cosas entre nosotros comenzaron a cambiar, aunque ninguno de los dos se atreviera a decirlo en voz alta, los dos sabíamos. Había miradas que duraban un poco más, silencios que ya no se sentían exactamente iguales y despedidas que parecían terminar demasiado pronto. A veces, cuando caminábamos juntos, nuestras manos se rozaban y ninguno de los dos hacía nada para evitarlo. Otras veces, Erick me miraba como si quisiera decirme algo, pero terminaba hablando de cualquier otra cosa. Yo también tenía miedo. No quería arruinar lo que habíamos construido. Erick se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida y la idea de perderlo me parecía mucho peor que la posibilidad de seguir siendo solamente su amiga. Prefería tenerlo cerca sin saber qué sentía por mí antes que arriesgarme a descubrir que no sentía lo mismo.
Así que seguimos fingiendo que todo era igual, hasta que una noche dejó de serlo.

Habíamos salido a caminar después de encontrarnos en el café. Hacía frío y las calles estaban casi vacías. Erick había estado más callado de lo habitual, mirando el teléfono de vez en cuando y guardándolo sin responder ningún mensaje.
-¿Te pasa algo? -le pregunté. -No.
Lo miré de reojo.
-Esa respuesta te la enseñé yo. Sonrió, pero no dijo nada. Continuamos caminando hasta llegar a una esquina donde normalmente nos despedíamos. Aquella noche, sin embargo, ninguno de los dos parecía dispuesto a irse.
Erick metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y respiró profundo.
-Katherine, ¿puedo preguntarte algo? -Depende.
-¿Siempre tienes que hacerte la difícil?
-¿Esa es tu pregunta? Dije de forma sarcástica.
Se rio suavemente y después volvió a ponerse serio.
-¿Alguna vez has pensado en nosotros?
Sentí que el corazón me daba un golpe contra el pecho.
-¿Nosotros qué?
-Nosotros -repitió-. Tú y yo.

Podría haberle respondido de muchas maneras. Podría haberme reído, haber cambiado de tema o haber fingido que no entendía lo que intentaba decirme. Durante unos segundos consideré todas esas posibilidades, porque ninguna me daba tanto miedo como contestar con sinceridad, pero estaba cansada de fingir.
-Sí -dije-. Más veces de las que debería.
Erick bajó la mirada y sonrió. No fue una sonrisa burlona. Era distinta, casi tímida.

-Bien -murmuró-. Porque yo también.
No recuerdo quién se acercó primero. Tampoco recuerdo qué dijimos después, si es que dijimos algo. Recuerdo sus manos, el frío de la noche y la manera en que me miró antes de besarme, como si todavía me estuviera dando la oportunidad de cambiar de opinión.
No lo hice, obviamente.
Y, por primera vez en mucho tiempo, dejé de pensar en lo que podría salir mal.
Lo besé.
Fue un beso torpe, corto y bastante distinto de lo que yo había imaginado alguna vez. De repente, un auto pasó a unos metros de nosotros y alguien gritó desde una ventana. La vida siguió pasando a nuestro alrededor, y para mí acababa de cambiar algo importante. Cuando nos separamos, Erick se rio nerviosamente.

-Tenía miedo de que me pegaras. -Todavía puedo hacerlo.
-Eso sería una manera bastante extraña de celebrar nuestro primer beso.
Volví a reírme y él me abrazó.
No sé cuánto duró aquel abrazo. Solo sé que, mientras lo tenía cerca, pensé que ojalá el tiempo pudiera detenerse un rato. No para siempre, porque a los diecisiete años una cree que las cosas bonitas van a repetirse tantas veces que no hace falta pedir. Solo quería que esa noche durara un poco más. No sabía que, años después, recordaría ese instante intentando recuperar la sensación exacta de sus brazos alrededor de mí.

Durante las semanas siguientes, todo era más sencillo. Erick seguía siendo el mismo, yo seguía siendo la misma y nuestras bromas continuaban siendo tan absurdas como siempre. La diferencia era que ahora podía tomarle la mano mientras caminábamos, que podía abrazarlo sin inventar una excusa y que, cuando se despedía de mí, sabía que existía algo entre nosotros que antes solo era imaginación
Me acostumbré a sus mensajes de buenas noches y a las llamadas que comenzaban con una pregunta sencilla y terminaban cuando alguno de los dos ya no podía mantener los ojos abiertos.
Me acostumbré a que me enviara canciones en mitad de la madrugada y a que me preguntara si había llegado bien a mi casa. Me acostumbré tanto a su presencia que empecé a creer que siempre estaría allí, y ese fue uno de mis errores más grandes, no porque estuviera mal quererlo, ni porque fuera incorrecto sentirme feliz a su lado. Mi error fue creer que la costumbre estaba garantizada, que lo que teníamos estaba asegurado simplemente porque nos queríamos.

No entendía que las relaciones también necesitan cuidado, incluso cuando parecen estar bien. Que el amor no es solamente encontrar a alguien con quien compartir los días buenos, sino aprender a quedarse cuando aparecen los días difíciles. Que querer a una persona no significa conocerla por completo ni saber siempre qué necesita.
Pero entonces yo no pensaba en esas cosas. Pensaba en Erick.
En los planes que hacíamos para el fin de semana, en las películas que todavía no habíamos visto y en los lugares a los que queríamos ir juntos. Hablábamos de nuestro futuro como si fuera algo que ya nos pertenecía, un lugar al que solo teníamos que llegar cuando tuviéramos todo resuelto.

A veces imaginábamos cómo seríamos dentro de un par de años. Erick decía que seguramente seguiría llegando tarde a todas partes y yo le respondía que, para ese momento ya debería haber aprendido a organizarse.
Él aseguraba que yo continuaría preocupándome por cosas que todavía no habían pasado, y yo le decía que alguien tenía que pensar en los dos, alguien tenía que estar preocupado. Nos reíamos, hacíamos promesas eternas y volvíamos a nuestras vidas. Nunca se nos ocurrió preguntarnos qué haríamos si nuestros caminos dejaran de ir en la misma dirección, supongo que hay preguntas que uno evita no porque no tengan respuesta, sino porque nos da miedo escuchar lo que no queremos.

Con el paso de los meses, empecé a notar diferencias, muy pequeñas. Al principio eran insignificantes. Erick tardaba más en responder algunos mensajes. A veces cancelaba nuestros planes porque estaba cansado o porque tenía otras cosas que hacer. Había días en los que parecía distraído y yo terminaba preguntándole varias veces si estaba todo bien.
varias veces si estaba todo bien.
-Sí, Katherine. Estoy bien.
-Entonces, ¿por qué estás tan raro?
-No estoy raro, por qué dices eso.
-Sí estás raro.
-No puedo estar de buen humor todo el tiempo, Katherine.
Yo sabía que tenía razón. Nadie puede estar siempre disponible, siempre feliz o dispuesto a conversar. También tenía mis días malos, mis preocupaciones y mis momentos en los que necesitaba estar sola y un poco de silencio. Sin embargo, me costaba aceptar que algo estuviera cambiando entre nosotros, quizás porque había empezado a confundir el amor con la certeza que nunca iba a perderlo.

En lugar de preguntarle qué estaba pasando, empecé a imaginar respuestas, a suponer. Pensaba que estaba aburriendo de mí, que ya no le interesaban nuestras conversaciones o que había descubierto que estar conmigo era mucho menos emocionante de lo que esperaba, no tenía pruebas de nada de eso, pero mi cabeza parecía empeñarse en encontrar motivos para tener miedo.
Y cuando uno tiene miedo de perder algo, a veces comienza a comportarse como si ya lo hubiera perdido, como si no hubiera nada más por arreglar, aunque en mi caso, aún no había nada, era solo mi temor comportándose de forma inmadura.

Me volví más insistente. Le preguntaba si todavía quería verme, si estaba enojado conmigo o si había hecho algo que le molestara. Cuando me decía que no pasaba nada, yo no le creía. Necesitaba que me demostrara una y otra vez que seguía queriéndome, sin entender que mi inseguridad estaba convirtiendo cada conversación en una prueba que él debía superar. Erick, comenzó a cansarse de tener que explicar cada silencio. En vez de contarme lo que le pasaba, se guardaba las cosas para evitar una discusión. Yo interpretaba su silencio como distancia y atacaba con más preguntas. Él se alejaba para evitar los problemas y yo lo perseguía porque sentía que se estaba alejando. Así empezamos a construir una distancia que ninguno de los dos quería, pero que ambos ayudábamos de alguna manera a mantener.
No pasó de un día para otro. No hubo una discusión definitiva ni una mañana en la que despertáramos como si no nos conociéramos.

Fueron pequeñas cosas, acumuladas con el tiempo: conversaciones que dejamos para después, disculpas que nunca llegaron y sentimientos que intentamos explicar cuando ya estábamos demasiado enojados para escucharnos con calma. Lo más triste es que todavía nos queríamos. Podíamos pasar una tarde entera riéndonos como antes y, unas horas después, discutir por algo que ninguno de los dos habría considerado importante al principio de nuestra relación. A veces nos abrazábamos después de una pelea y prometíamos hacerlo mejor la próxima vez. Yo creía cada una de esas promesas, porque quería creerlas.
Pero querer que algo funcione no siempre significa saber cómo hacerlo funcionar.

Recuerdo una tarde en particular. Habíamos quedado de vernos en el café donde nos conocimos. Yo llegué temprano y pedí lo de siempre. Me senté a la ventana y miré la puerta varias veces, esperando verlo entrar con su cuaderno bajo el brazo y esa expresión que antes me hacía sonreír. Llegó casi media hora tarde.
No fue la primera vez, pero ese día yo estaba muy sensible. Había tenido una semana difícil y llevaba días sintiendo que siempre era yo quien intentaba mantener las cosas entre nosotros.
Cuando finalmente se sentó frente a mí, apenas me saludó antes de dejar el teléfono sobre la mesa.
-Podrías haberme avisado que ibas a llegar tarde -le dije.
-Se me hizo tarde, Katherine. Lo siento.
-Siempre se te hace tarde.
Erick suspiró.
-¿Podemos no discutir hoy?

Esa frase me dolió más de lo que debería. No porque quisiera discutir, sino porque sentí que mis sentimientos se habían convertido en una molestia que él prefería evitar. -Yo tampoco quiero discutir - respondí-. Pero últimamente parece que todo te da lo mismo. -Eso no es verdad.
-Entonces, ¿qué te pasa?

-¡No me pasa nada! Estoy cansado, ¿ya? Tengo cosas en la cabeza y no sé cómo explicártelas sin que terminemos peleando. Me quedé callada.
Por primera vez, comprendí que quizás Erick también estaba sufriendo y yo había estado demasiado ocupada con mis propios miedos para notarlo. Quise preguntarle qué cosas tenía en la cabeza. Quise decirle que podía contarme lo que fuera, que no necesitaba tener todas las respuestas para hablar conmigo. Pero el orgullo pudo más que mis intenciones. -Está bien -dije, apartando la mirada -. No tienes que explicarme nada.
Lo dije porque estaba herida, esperando que él insistiera, que me tomara la mano y me demostrara que todavía quería arreglar las cosas.
Pero Erick también estaba cansado.

-Eso es lo que siempre dices - respondió-. Y después te enojas porque no te cuento nada.
No supe qué decir. Nos quedamos en silencio. El mismo silencio que antes había sido cómodo, que nos permitía compartir una mesa sin necesidad de llenar cada segundo con palabras, ahora parecía ocupar todo el espacio entre nosotros. Miré mi taza. El café ya se había enfriado.

No recuerdo cómo terminó esa tarde. Sé que salimos del café y caminamos juntos durante un rato, pero apenas puedo reconstruir la conversación. Creo que nos despedimos con un beso rápido y que él me dijo que me quería. Yo también se lo dije. Y, sin embargo, volví a casa con la sensación de que algo se había quedado atrás.

Durante mucho tiempo pensé que las relaciones terminaban cuando una persona dejaba de amar a la otra. Me parecía lógico: si dos personas se querían de verdad, encontrarían la manera de solucionar cualquier problema. Si el amor era suficientemente fuerte, nada podría destruirlo.
Ahora sé que estaba equivocada. A veces el amor permanece, pero se llena de cosas que no sabemos resolver. Se mezcla con el cansancio, el orgullo, las inseguridades y las expectativas que ponemos sobre la otra persona. Seguimos queriendo abrazarnos, pero ya no sabemos cómo acercarnos sin lastimarnos. Queremos que nos comprendan, pero dejamos de escuchar. Esperamos que el otro adivine lo que necesitamos, olvidando que nadie puede leer nuestra mente.
Y, lentamente, eso que alguna vez nos eso que alguna vez nos hizo felices empieza a dolernos. No sé en qué momento dejamos de ser los dos enamorados que compartían canciones en una plaza. Quizás nunca dejamos de ser ellos; simplemente empezamos a cargar con tantas cosas que nos resultó difícil encontrarnos debajo de todos los problemas. Lo que sí recuerdo es que, durante un tiempo, seguimos intentándolo. Tuvimos días buenos. Días en los que Erick me esperaba después de clases y me abrazaba como si no hubiera pasado nada.

Días en los que volvíamos a reírnos de nuestras propias tonterías y yo me convencía de que habíamos superado nuestros problemas. Días en los que me miraba de esa manera que me hacía recordar por qué me había enamorado de él. Y también tuvimos días malos. Días en los que las conversaciones terminaban en discusiones, en los que uno de los dos se iba antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. Días en los que nos escribíamos mensajes largos para explicar nuestros sentimientos y acabábamos discutiendo por una frase mal interpretada.

Cada vez que las cosas mejoraban, yo creía que todo volvería a ser como antes. Ese era otro de mis errores: pensar que podíamos regresar al principio sin reconocer que ya habíamos cambiado. Una noche, después de una discusión especialmente dolorosa, Erick me llamó.

Yo estaba acostada, mirando el techo de mi habitación, con el teléfono entre las manos. Había estado esperando que me escribiera, aunque me repetía que no me importaba. Contesté al segundo tono.
-Hola -dije.
-Hola.
Su voz sonaba cansada.
-¿Estás bien? -pregunté, casi por costumbre.

Hubo una pausa.

-No lo sé, Kathy.
Era la primera vez en mucho tiempo que lo escuchaba decir algo así sin intentar disimularlo.
Me acomode en la cama.
-¿Qué pasa?
-Estoy cansado de que nos hagamos daño.

Sentí un nudo en la garganta, sabiendo a donde iba la conversación. -Yo también.
-Te quiero, Katherine. De verdad te quiero. Pero no sé qué hacer para que dejemos de terminar así cada vez que algo nos sale mal.
Quise decirle que podíamos solucionarlo, que yo iba a cambiar, que él podía hacer las cosas de otra manera y que, si nos esforzábamos lo suficiente, volveríamos a estar bien. Tenía tantas respuestas preparadas que ninguna parecía servir para lo que realmente estaba pasando. -Podemos intentarlo otra vez - murmuré.
Erick tardó en contestar.
-Siempre lo intentamos otra vez. Me quedé en silencio.

No lo dijo con rabia. Eso fue lo que más me dolió. Si hubiera gritado, si me hubiera culpado de todo, quizás habría sido más fácil enojarme con él. Pero sonó triste, como si llevara mucho tiempo pensando en aquello y recién ahora se atreviera a decirlo.
-No quiero perderte -le dije.
-Yo tampoco quiero perderte. -Entonces, ¿por qué estamos así? No respondió inmediatamente.
Y, por primera vez, comprendí que a veces dos personas pueden quererse mucho y aun así no saber cómo permanecer juntas.
No terminamos aquella noche.
Tampoco solucionamos nuestros problemas. Nos quedamos hablando hasta tarde, recordando cosas buenas, pidiendo perdón por otras y prometiendo que intentaríamos escucharnos mejor. Cuando colgamos, me quedé con el teléfono pegado al pecho, intentando convencerme de que esa conversación había sido el comienzo de algo mejor. Quería creer que el amor bastaría.

Durante las semanas siguientes, las cosas parecieron mejorar un poco.
Nos esforzamos por discutir menos y por hablar de lo que nos molestaba antes de que se convirtiera en algo más grande. Hubo momentos en los que sentí que finalmente estábamos aprendiendo a entendernos. Pero había algo que ya no conseguíamos recuperar del todo. La tranquilidad de antes. Esa sensación de poder estar juntos sin preguntarnos constantemente si todo estaba bien. A veces me sorprendía observando a Erick mientras hablaba, intentando descubrir si todavía era feliz conmigo. Otras veces, cuando él se quedaba callado, sentía la necesidad de preguntarle qué estaba pensando. Ya no sabía cómo dejar de tener miedo. Y supongo que Erick tampoco sabía cómo dejar de sentirse responsable de ese miedo.

Lo amaba. Eso nunca estuvo en duda. Pero empecé a comprender que amar a alguien no significa que uno pueda darle todo lo que necesita, ni que la otra persona pueda llenar cada vacío que llevamos dentro. Yo esperaba que Erick me diera una seguridad que no era capaz de encontrar en mí misma. Él esperaba que yo entendiera sus silencios sin obligarlo a explicar lo que ni siquiera él entendía. Ninguno de los dos quería hacerle daño al otro, pero eso no impedía que termináramos haciéndolo de todas formas.
Si pudiera volver a esa época, creo que intentaría decir muchas cosas de otra manera. Le preguntaría cómo estaba y esperaría realmente su respuesta. Le explicaría mis inseguridades sin convertirlas en discusiones. También aprendería a escuchar sus necesidades sin interpretarlas como una señal de que estaba dejando de quererme.
Pero entonces no sabía todo lo que sé ahora.

Entonces solo tenía diecisiete años y estaba enamorada de un hombre que me había enseñado que podía sentirme comprendida sin tener que explicarlo todo. No entendía que también debía aprender a comprenderlo a él.

Y quizás esa sea una de las cosas más injustas de crecer: muchas veces aprendemos a hacer las cosas mejor cuando ya no tenemos la oportunidad de hacerlas con las mismas personas.

Todavía no sabía que nuestra historia estaba acercándose a un punto del que ninguno de los dos sabría cómo regresar. Seguía pensando en los planes que habíamos hecho, en las canciones que nos quedaban por escuchar y en todas las tardes que imaginaba pasar a su lado. Todavía guardaba nuestros mensajes. Todavía sonreía cuando encontraba una fotografía nuestra entre las fotos de mi teléfono. Todavía pensaba que, después de cada dificultad, nos esperaba una etapa mejor. No sabía que algunas despedidas comienzan mucho antes de que alguien pronuncie la palabra adiós. Y tampoco sabía que, algún día, volvería a sentarme junto a una ventana, escucharía una canción que Erick me había mostrado y daría cualquier cosa por regresar a una de aquellas tardes que entonces me parecían completamente normales.

# Querida Luna



**¿Qué tan fuerte son los mensajes que gritan desde el corazón?**

# Biografía

**Renata Apolo nació el 30 de octubre de 2009 en Rancagua, Chile. Desde pequeña ha sido una joven muy selectiva y, gracias a eso, se ha convertido en quien es actualmente. Tiene 16 años y cursa tercero medio en el Colegio Sun Valley College. Su primer año de formación educacional fue en el Colegio San Sebastián de Los Andes.**

**Sus pasatiempos actuales son jugar voleibol, pasar tiempo con sus mejores amigas, estar con su gato, escuchar música, tocar el teclado y comer. Siempre ha estado muy unida a su familia, quienes han sido una parte importante de su crecimiento. La han apoyado y le han dado harta libertad. Ha tenido muchas experiencias a lo largo de los años y, debido a eso, ha aprendido a ser ella misma sin sentirse presionada.**

**Lo que más la ha marcado a lo largo de su vida han sido las experiencias de reflexión familiar y las conversaciones profundas con sus amistades más cercanas. Gracias a ellas, ha podido plantearse nuevas preguntas y encontrar respuestas, lo que ha despertado en ella una inmensa curiosidad por comprender más allá de lo que ya conoce**

**Esto la ha llevado a preguntarse: ¿qué más puedo seguir aprendiendo, descubriendo y entregando?**

**En el futuro le gustaría comprender un concepto que aún no ha estudiado y, por eso, ha decidido crear "Querida Luna" para poder entender y aprender más sobre el tema.**

# UNO

**Hace muchos años, en un pequeño pueblo rodeado de montañas y bosques, vivía una joven llamada Illari. Desde pequeña tenía la costumbre de salir por las noches y contemplar el cielo, especialmente cuando la Luna estaba llena. Sentía que, de alguna manera, la Luna la escuchaba.**

**Un día, Illari conoció a un joven llamado Amaru. Al principio eran solamente amigos, pero con el tiempo comenzaron a sentir algo mucho más profundo. Se encontraban cada tarde junto a un árbol antiguo que estaba a las afueras del pueblo. Allí hablaban durante horas, reían y soñaban con el futuro.**

**Amaru solía decirle:—Cuando algún día estemos lejos, mira la Luna. Mientras los dos podamos verla, nunca estaremos realmente separados. Illari siempre se reía al escucharlo, sin imaginar que algún día esas palabras serían lo único que tendría para aferrarse a él.**

**Una día, Amaru tuvo que marcharse muy lejos. Su familia debía abandonar el pueblo y viajar hacia tierras desconocidas. Antes de irse, Amaru e Illari se encontraron por última vez bajo aquel viejo árbol.—Voy a volver por ti —le prometió él. Illari intentó sonreír, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.—Entonces te esperaré. Amaru se marchó.**

**Pasaron los días, luego las semanas y finalmente los meses. Illari esperaba alguna noticia, pero ninguna carta llegó. La distancia parecía hacerse cada vez más grande y poco a poco, comenzó a preguntarse si Amaru todavía pensaba en ella. Hasta que una noche llegó la Luna llena. Illari salió de su casa y caminó hasta el viejo árbol. Se sentó bajo sus ramas y miró hacia el cielo.**

**—Luna —susurró—, tú que puedes llegar a todos los lugares, ¿podrías llevarle un mensaje?**

**El viento movió suavemente las hojas, Illari cerró los ojos y comenzó a hablar.—Dile a Amaru que todavía lo amo. Dile que no importa cuánto tiempo pase ni qué tan lejos esté.**

**Que todavía pienso en él cada noche y que jamás olvidé su promesa. Una lágrima cayó sobre sus manos.—Y si él todavía me ama, dile que mire hacia ti. Porque yo también estaré mirándote.**

**En ese instante, la Luna brilló con una intensidad que Illari nunca había visto. Un rayo de luz atravesó las ramas del árbol y cayó sobre ella.**

**Illari sintió que la Luna había escuchado. Desde aquella noche nació una antigua leyenda. Se dice que durante la Luna llena, el cielo se convierte en un puente entre los corazones que están separados. Quien confiese su amor mirando la Luna puede entregarle sus palabras, y la Luna las guardará cuidadosamente hasta encontrar a la persona destinada a escucharlas.**

**No importa si está cerca o muy lejos. No importan los océanos, las montañas ni los años. La Luna siempre encuentra el camino. Pero Illari siguió esperando. Una noche, mucho tiempo después, volvió al mismo árbol. Ya no esperaba que Amaru regresara. Había aprendido a vivir con su ausencia, aunque nunca había dejado de quererlo. Entonces escuchó unos pasos detrás de ella, se giró lentamente y allí estaba.**

**Amaru.**

**Por unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Illari comenzó a llorar.—¿Volviste? Amaru sonrió y miró hacia la Luna y sacó una sonrisa grande, una energía lo abrazó cálidamente, pero no entendió el porqué, aún así, él sintió un alivio y salió corriendo donde su amada. Illari miró al cielo y sonrió entre lágrimas. Amaru tomó su mano y fueron al árbol para retomar la vida que había quedado en pausa desde ese día, Illari y Amaru permanecieron juntos, y su historia fue contada de generación en generación.**

**Por eso, hasta hoy, cuando llega una noche de Luna llena, muchos enamorados salen a mirar el cielo y le cuentan sus secretos. Porque existe una creencia que nació aquella noche: Si confiesas tu amor a la Luna llena, ella lo guardará entre sus rayos y se lo llevará a la persona que amas, sin importar qué tan lejos se encuentre. Y dicen que, cuando esa persona mira la Luna al mismo tiempo que tú, aunque estén separados por miles de kilómetros, ambos sienten lo mismo: que por un instante, sus corazones están juntos bajo el mismo cielo. Aún así, nunca se supo si Amaru recibió el mensaje de Illari, pero con el cálido abrazo que sintió desde la luna sintió que le habían dado un empujón para volver con ella.**

# DESPUÉS DE ELLA



# BIOGRAFÍA

Sofía Campaña nació un 16 de diciembre del año 2009 en San Felipe, Chile. Actualmente cursa su tercer año de enseñanza media en el colegio Sun Valley College de Los Andes.

Tuvo una infancia común y corriente en el Jardín Infantil Papelucho. Y a medida que fue creciendo pasó por distintos colegios. Cuando empezó a cursar la enseñanza básica estuvo en el colegio San José de Los Andes, pero unos años después se cambió al Colegio Brega College. Cursó ahí varios años de su enseñanza básica para después cambiarse a el colegio en el que está actualmente viviendo sus últimos años de enseñanza media.

Sus pasatiempos son tocar el bajo, ver películas y leer. Le gusta hacer reír a los demás y se considera a ella misma como una persona amable y amistosa.

Más allá de sus metas académicas, espera poder construir una vida feliz y conforme consigo misma. Quiere rodearse de personas que le hagan bien, conservar los vínculos importantes de su vida y aprender a valorar cada etapa, incluso las que puedan resultar difíciles.

Aún le queda mucho por vivir, aprender y descubrir, y espera que el futuro le permita convertirse en la persona que desea ser.

El viento del otoño arrastraba hojas secas por la acera como si intentara borrar algo. June las miraba desde la ventana del segundo piso, con el codo apoyado en el borde de esta y la taza de té ya fría entre las manos. Había dejado de beberlo hacía rato. El vapor se había disipado y ahora solo quedaba el amargor de las hojas que se habían asentado en el fondo.

La casa de su abuela olía siempre a madera vieja y a lavanda seca. Ese olor se había vuelto familiar en las últimas tres semanas, desde que llegó con una maleta pequeña y la certeza de que necesitaba estar lejos de la ciudad.

Tenía veintiséis años y aún no sabía cómo nombrar lo que sentía. En la ciudad había dejado un trabajo que ya no la sostenía, un departamento demasiado grande para una sola persona y una lista de mensajes sin responder que se acumulaban en el teléfono como deudas silenciosas. No había roto con nadie de forma espectacular. Simplemente se había ido desprendiendo, poco a poco, de las cosas que creía que debían importarle. Primero el trabajo. Luego las salidas. Después las conversaciones largas. Al final, solo quedaba el ruido de fondo de una vida que ya no reconocía como propia.

Bajó las escaleras despacio. En la sala de estar, la luz de la mañana entraba a través de las cortinas. Sobre la mesa de madera había un sobre abierto. La letra de su madre era reconocible incluso desde lejos. June no lo leyó otra vez. Ya sabía lo que decía. Que la casa estaba a su disposición. Que la abuela habría querido que viniera. Que no tenía por qué quedarse si no quería.

Pero se había quedado.

Se preparó un café nuevo, más fuerte esta vez. Mientras esperaba a que el agua hirviera, observó sus propias manos. Las uñas estaban cortas, sin pintar. Llevaba el mismo suéter gris de los últimos días, un poco deshilachado en los puños. No se había mirado mucho al espejo desde que llegó. Prefería no hacerlo. No porque se sintiera mal consigo misma, sino porque le costaba reconocer a la mujer que veía en su reflejo: alguien más callada, más lenta, como si el tiempo se hubiera espesado a su alrededor.

Se dirigió a la sala de estar y miro el sofá viejo de su abuela, lleno de recuerdos de June y ella. Se sentó. Bebió un sorbo. El café estaba demasiado caliente y le quemó la lengua, pero no se quejó. Miró las hojas que caían. Algunas giraban en el aire antes de tocar el suelo. Otras caían directas, sin resistencia. June pensó que ella se parecía más a las segundas.

No tenía un plan claro. Solo sabía que necesitaba tiempo. Tiempo para respirar sin que nadie le preguntara cómo se sentía. Tiempo para caminar sin destino. Tiempo para recordar, o para olvidar, según el día. La casa de la abuela le ofrecía exactamente eso: silencio, habitaciones amplias, y la ausencia.

Por la tarde solía leer. Había encontrado en la biblioteca de la abuela un volumen de poemas de alguien que ya no recordaba el nombre. Las páginas estaban amarillentas y olían a polvo antiguo.

Esa mañana, sin embargo, no tenía ganas de leer. Prefería quedarse en el sofá, con el café enfriándose otra vez, y dejar que el viento que entraba por la ventana le revolviera el cabello. Pensó en llamar a su madre. Luego desistió. No tenía nada nuevo que decirle. Solo que seguía ahí. Que todavía no se había ido. Que el otoño, al menos, era más amable de lo que recordaba.

El sol subió un poco más. June terminó el café de un trago, aunque ya estaba frío, y se quedó mirando el camino vacío.

Había bebido el ultimo trago de su taza de café cuando sintió como el olor a pan tostado y mantequilla derretida llenaba la cocina y un poco la sala de estar.

Era la tía Anne, canturreando algo desafinado mientras preparaba un poco de desayuno. Ella era como una segunda madre para June, había llegado unas semanas antes de que esta lo hiciera. Ha sido de mucha ayuda para calmar la nostalgia y melancolía que le causaba a June la pérdida de su abuela.

June se dirigió a la cocina a ver a su querida tía.

—Buen día, tía — Anne estaba de espaldas, con una bata floreada puesta sobre la ropa y el cabello recogido de cualquier manera. Al escuchar los pasos, se giró de inmediato y su cara se iluminó.

—Ahí estás, mi niña.

Dejó la espátula sobre el plato y se acercó a June con los brazos abiertos, sin preguntar si quería el abrazo o no. La rodeó con fuerza, olía a jabón de lavanda y a canela.

Anne la separó un poco para mirarla a la cara. Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja con dedos torpes y cariñosos.

— Estas muy pálida y tienes ojeras ¿Quieres tomar desayuno conmigo? Hice tostadas con huevo como te gustan.

June miro el pan dorado, el huevo revuelto perfectamente cocido y el pequeño ramo de perejil que su tía había puesto solo porque se veía bonito. Finalmente acepto y se sentó en la mesa con su tía.

—Se ve muy rico, gracias —Dijo en voz baja y luego empezó a comer

—Que bueno que te guste, linda.

La tía Anne también empezó a comer, no hablaron mucho, no necesitaban hacerlo. June encontraba la comodidad en el silencio, Anne al contrario no lo hacía, pero entendía a su sobrina y también guardo silencio sin hacer muchas preguntas.

Anne se estaba secando las manos con un paño cuando se acercó a June, que todavía estaba terminando el ultimo bocado de su tostada.

—Mi vida, ¿me harías un favor?

Su voz era suave

— En el patio de atrás, donde tu abuela tenía las gallinas y el gallinero viejo, se soltó un poco la puerta del corral. El viento de anoche la dejó torcida y tengo miedo de que se termine de caer. ¿Podrías ir a ver si se puede acomodar o al menos dejarla bien cerrada? Yo tengo que terminar de ordenar unas cosas en el altillo y no quiero dejarlo para después.

June asintió sin pensarlo demasiado.

—Claro.

Anne le sonrió con alivio y le pasó una mano por el brazo.

—Si ves que está muy pesada, no fuerces. Solo mira cómo está y me avisas. Y abrígate un poco, el aire de atrás siempre es más frío.

June se puso el suéter, salió por la puerta de la cocina y cruzó el jardín. El patio trasero quedaba un poco más abajo, separado por un pequeño desnivel y un arbusto que ya nadie podaba con regularidad. El olor cambiaba apenas se acercaba, como tierra húmeda, paja vieja y un resto lejano de plumas y grano.

Había unas cuantas escarbando cerca de la malla. Una gallina marrón clara se había acercado demasiado a la puerta torcida y picoteaba el borde de madera como si estuviera a punto de decidirse a salir. June se agachó para empujarla con suavidad hacia adentro y luego intentó levantar la puerta. El gozne inferior estaba casi fuera y la madera, hinchada por la humedad, pesaba más de lo que esperaba.

Fue entonces cuando escuchó pasos sobre la grava.

Se enderezó.

Un hombre estaba del otro lado del arbusto, con una caja de herramientas abierta a sus pies. Tenía el cabello castaño un poco revuelto por el viento y las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. Parecía concentrado en algo del suelo, pero al notar su presencia levantó la vista.

Por un segundo se miraron en silencio. Una de las gallinas cacareó con fuerza, rompiendo el momento.

—Perdón —dijo él primero, con una voz tranquila—. No sabía que hubiera alguien. Vine a revisar el cerramiento del lado del vecino. La última tormenta lo movió un poco.

June se quedó de pie junto a la puerta torcida, una mano todavía apoyada en la madera.

—Yo… mi tía me pidió que mirara esto —señaló la puerta—. Se soltó anoche y las gallinas se están acercando demasiado al borde.

El hombre asintió y se acercó un par de pasos, sin invadir del todo el espacio. Miró el corral con atención práctica.

—Se ve que el gozne inferior está a punto de rendirse. Si quieres, te ayudo a levantarla. Entre los dos la dejamos firme para que no se caiga del todo. ¿Te parece?

June dudó solo un instante. Luego asintió.

—Está bien. Gracias.

Él dejó la caja de herramientas a un lado y se colocó del otro extremo de la puerta. Entre los dos la alzaron con cuidado. Las gallinas se agitaron un poco, pero él les habló en voz baja, casi en broma:

—Tranquilas, nadie las va a echar. Solo estamos arreglando su casa.

June no pudo evitar una pequeña sonrisa. Mientras aseguraban la puerta, él revisó el mecanismo dañado con manos seguras.

—Va a necesitar un gozne nuevo y un refuerzo en la madera —dijo—. Ya le cambié este mismo hace un par de años, cuando tu abuela todavía estaba. Se le aflojaba siempre con las lluvias de otoño. Ella me llamaba y yo venía. A veces ni siquiera hacía falta que me pidiera nada… yo ya sabía cuándo algo andaba mal.

June lo miró con más atención.

—¿Conocía a mi abuela?

George asintió, y esta vez su expresión se volvió un poco más suave, casi nostálgica.

—Si, bastante. Venia seguido. A veces a arreglar alguna cosa que me pidiera y otras solo quería un poco de compañía. Una mujer de pocas palabras diría yo, pero siempre con una amabilidad y calidez que te hacía sentir como en casa.

June sintió un leve peso en el pecho. Durante esos años había venido tan poco. El trabajo en la ciudad se había comido casi todos los fines de semana, y las visitas se habían vuelto cada vez más cortas y espaciadas. Nunca había prestado demasiada atención a quién ayudaba a su abuela cuando ella no estaba.

—Yo… no sabía —admitió en voz baja—. En esa época casi no venía.

George no juzgó. Solo la miró con una calidez tranquila y negó con la cabeza, como restándole importancia.

—Es normal, la gente se ocupa de sus cosas y ella lo entendía, nunca se quejó de eso.

Hubo un silencio breve, solo roto por el cacareo distraído de las gallinas. Después él se limpió las manos en el pantalón y le sonrió otra vez, más abierto.

—George —dijo—. Vivo un poco más arriba. Si necesitan cualquier cosa con el corral… o con lo que sea, avísenme. De verdad. Paso casi todas las mañanas por este lado.

—June —respondió ella.

Se miraron un segundo más. Esta vez la sonrisa de él se mantuvo un poco más tiempo, cálida y sin prisas.

—Fue un gusto conocerte, June.

Después recogió su caja de herramientas y se alejó por el camino lateral, no sin antes mirar una última vez hacia las gallinas y murmurar algo en voz baja, como quien se despide de viejas conocidas.

June se quedó junto a la puerta, limpiándose las manos en el suéter. Una de las gallinas se acercó a picotear cerca de sus zapatos.

Habían pasado casi dos meses.

El otoño ya no se sentía igual. Casi todas las hojas de los manzanos estaban en el suelo y el aire olía más a leña que a tierra mojada. June se había acostumbrado a la casa: el ruido de la tía Anne en la cocina por las mañanas, las gallinas despertándose y ese escalón que crujía y que ya no evitaba tanto.

Esa tarde estaba sentada en el banco de piedra del jardín, con una manta encima de las piernas y un libro abierto que llevaba rato en la misma página. Ya no le costaba tanto quedarse quieta. Esa sensación pesada que tenía en el pecho casi todas las mañanas se había ido poniendo más liviana, como si de a poco alguien se la hubiera ido sacando sin que se diera mucha cuenta.

Escuchó el ruido de la bicicleta parándose del otro lado del muro. No se sorprendió. Al rato apareció George, con una bolsa de papel en la mano y el pelo un poco más largo que la primera vez.

—Traje manzanas —dijo, levantando la bolsa y sonriendo—. Las de atrás de la biblioteca otra vez. Este año salieron mejores.

June cerró el libro y se corrió un poco en el banco para que se sentara.

—La tía Anne se pondrá feliz, ayer me dijo que quería hacer pastel y estas manzanas le vienen como anillo al dedo.

George se sentó al lado de ella y dejó la bolsa en el medio. Ya no había esa distancia rara de los primeros días. Ahora el silencio entre los dos era fácil. A veces hablaban y a veces no, y las dos cosas estaban bien.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó él, sin mirarla mucho.

June pensó un segundo. Antes esa pregunta le hubiera pesado más. Ahora solo le salió una sonrisa chiquita.

—Me siento bastante bien, todavía hay días raros...pero ya no se sienten tan eternos.

George asintió, con una mirada cálida y una sonrisa. Sacó una manzana de la bolsa, la limpió un poco en la manga y se la ofreció. June la agarró.

Desde ese primer día en el corral habían pasado muchas mañanas juntos. Él había vuelto al día siguiente con el gozne nuevo, después había venido a arreglar una parte del techo y después simplemente había empezado a aparecer. A veces ayudaba a la tía Anne con cosas de la casa; otras se quedaba un rato hablando con June mientras ella cuidaba a las gallinas o juntaba hojas. Nunca le preguntó demasiado por qué había llegado tan callada a esa casa. Solo estuvo ahí. Siempre, sin pedir explicaciones.

Y de a poco, sin que ella pudiera decir exactamente cuándo, algo adentro suyo había empezado a aflojarse.

—El otro día me acordé de algo que dijo tu abuela —Dijo mirando hacia las colinas—. Un día que estaba cambiándole unas tejas me dijo: "No siempre hay que curar todo de una. A veces alcanza con que alguien se quede cerca mientras duela". Yo en ese momento no le di mucha importancia, pero creo que ahora contigo todo cobra sentido.

June miro la manzana que tenía en las manos, un leve enrojecimiento en sus mejillas había aparecido y también una pequeña sonrisa.

—Creo que tenía razón —Dijo bajito

Se quedaron en silencio. Se había vuelto normal, y no necesitaban llenarlo con palabras.

Habían pasado unas semanas más.

Esta mañana June se encontraba en el jardín regando las plantas y algunas frutas y vegetales que había plantado junto a George cuando escucho la bicicleta. Ya no necesitaba mirar para darse cuenta que era él. George apareció con las manos en los bolsillos y esa sonrisa tranquila que se le estaba haciendo cada vez más familiar a June.

—Hoy llegue temprano, pensé que te encontraría adentro.

—Me levante apenas amaneció —dijo mientras cerraba la llave de la manguera—. No pude dormir mucho anoche.

June empezó a enrollar la manguera.

—Te ayudo —Dijo George con su naturaleza de buen samaritano.

Entre los dos empezaron a enrollarla. Las manos se les rozaron un par de veces mientras acomodaban las vueltas. En un momento sus dedos quedaron juntos sobre el plástico frío y ninguno los apartó de inmediato. June sintió un calor raro subirle por el brazo.

El la miro un segundo y sonrió bajito.

—Perdón.

—No pasa nada —dijo ella, un poco más rápido de lo normal.

Siguieron enrollando en silencio. June se dio cuenta de que ya no se sentía tan rara cuando él estaba cerca. Al contrario: a veces, cuando pasaban muchos días sin verse, empezaba a buscar el ruido de la bicicleta sin querer.

Cuando terminaron, George se levantó, se sacudió los pantalones y se quedó mirándola un segundo más de lo habitual. Parecía un poco nervioso.

—June… —dijo de golpe—. Quería preguntarte algo.

Ella levantó la vista, con el corazón un poco acelerado.

—¿Qué cosa?

Él se pasó una mano por la nuca, sonriendo torpe.

—Este sábado si no tienes nada de que hacer... ¿Quieres que vayamos juntos al pueblo? Hay una feria para despedir el otoño. Venden comida, hay juegos y..no sé, pensé que sería lindo ir. Solo tú y yo.

—¿Como… salir salir? —preguntó, casi en voz baja.

George asintió, y esta vez no apartó la mirada.

—Si. Como salir. Solo si quieres, claro. Si no quieres no pasa nada.

June sintió como se le calentaban las mejillas.

—Bueno —contesto—. Me gusta la idea

La sonrisa de George se volvió más grande, más genuina.

—Genial. Paso a buscarte después del almuerzo, ¿sí?

—Sí.

Él se quedó un momento más mirándola, como si todavía no pudiera creer que hubiera aceptado, y después se fue con la bicicleta, esta vez silbando bajito.

June se quedó en el patio, con la manguera ya enrollada a su lado, sintiendo que algo había cambiado de verdad. Ya no era solo que esperaba sus visitas.

Ahora tenía una salida con el.

El sábado llego más rápido de lo que June esperaba.

Después del almuerzo se cambió tres veces de ropa. Al final se quedó con un sweater beige y unos jeans que le gustaban. Se miró al espejo un rato y se acomodó el pelo varias veces, aunque sabía que el viento del camino igual se lo iba a desordenar.

La tía Anne la miró desde la cocina con una sonrisa pícara.

—Te ves linda —le dijo —. No estés tan nerviosa. Es solo una feria.

—No estoy nerviosa —Mintió June

A la hora acordada se escuchó un ruido de un motor deteniéndose frente a la casa. June se asomó por la ventana y vio una camioneta color oscuro, un poco gastada pero limpia.

George bajó del lado del conductor. Venía con una chaqueta más cuidada que de costumbre y el pelo más o menos ordenado, como si se hubiera esforzado.

Cuando la vio bajar los escalones, sonrió de una forma que a June le hizo sentir algo calentito en el pecho.

—Hola —dijo él.

—Hola.

Subieron a la camioneta. El interior olía a madera. George manejaba tranquilo con una mano en el volante. Caminaron y conversaron de muchas cosas casuales: alguna película que vieron, las gallinas, la tía Anne y como quería plantar más romero. A veces se quedaban callados, pero no les molestaba.

Cuando llegaron a la feria, el lugar estaba lleno de puestos pequeños, olor a manzanas confitadas y a pan recién hecho. Había gente caminando despacio, niños corriendo y música bajita de fondo.

George le compró un vaso de chocolate caliente sin preguntarle. Se lo alcanzó y sus dedos se tomaron otra vez.

—Está un poco dulce —advirtió —. Pero está bueno.

Caminaron entre los puestos. George le señalaba cosas y a veces se reía bajito de las decoraciones exageradas. June se daba cuenta de que lo miraba más de lo normal: la forma en que hablaba con las manos, cómo se le arrugaban los ojos cuando sonreía de verdad.

En un momento se detuvieron frente a un puesto de bufandas tejidas. June tocó una de color gris claro.

—Me gusta esta —dijo sin pensar.

George la miró un segundo y después habló con el vendedor. Antes de que June pudiera decir nada, le estaba entregando la bufanda.

—No tenías que...

—Quise —contestó él, simple—. Te va a hacer falta con el frío que está empezando.

June se la puso. Olió un poco a lana nueva. Se sintió rara y contenta al mismo tiempo.

Siguieron caminando. Cuando el sol empezó a bajar, se sentaron en un banco un poco apartado, todavía con el chocolate en las manos.

El ruido de la feria quedaba más lejos.

George giró un poco el cuerpo hacia ella.

—¿Estás bien? O sea... ¿te está gustando?

June asintió.

—Sí. Mucho.

Él sonrió, pero esta vez se le notaba un poco

de nervios.

—Me alegra. La verdad es que... desde hace un tiempo quería invitarte a algo así. No sabía si era muy pronto o qué.

June bajó la mirada a su vaso. El corazón le latía más fuerte.

—No era pronto —dijo bajito.

Se miraron. El viento movía un poco el pelo de los dos. George se acercó solo un poco, no del todo. June no se apartó.

Se besaron. No fue un beso apurado, fue lento y sincero, de los que sanan. No necesitaban palabras para expresar el amor que sentían el uno por el otro. Se sintió como dar un paso más adelante en este pequeño vínculo que se estaba formando entre ellos dos.

Pasaron casi dos años.

Ahora tenían un vivero chiquito al costado de la casa de la abuela. Un letrero de madera decía "Vivero June & George". El invernadero siempre olía a tierra húmeda y a hojas verdes.

June se levantaba temprano, regaba las plantas, atendía a la gente que llegaba y, por las tardes, se sentaba con George a revisar pedidos o a tomar un té en silencio.

Esa tarde estaban los dos adentro del invernadero. June acomodaba unas macetas de romero mientras George limpiaba las herramientas. El sol entraba de costado y pintaba todo de dorado.

June dejó la maceta y lo miró un rato.

—George...

Él levantó la vista.

—¿Mmm?

Ella se quedó callada un segundo, buscando las palabras.

—Nunca te lo dije bien... pero gracias. Por haberte quedado. Por no preguntarme de más cuando yo estaba mal. Por traerme manzanas, por ayudar con las gallinas, por invitarme a salir ese día... por todo. Siento que si no hubieras estado, yo todavía seguiría medio perdida. Y ahora miro esto —señaló el invernadero— y me doy cuenta de que estoy bien. De verdad bien. Y gran parte es por ti.

George se quedó quieto. Después dejó las herramientas, se acercó y le tomó las manos con cuidado, aunque estaban sucias de tierra.

—No hice tanto —dijo en voz baja—. Solo estuve cerca.

—Y eso fue suficiente -contestó ella.

Se miraron un momento largo. George le acarició la mano con el pulgar y después se inclinó. Esta vez el beso fue más seguro, más calmado, como si los dos ya supieran que tenían tiempo. June sonrió después de el beso y pensó que, de todas las cosas buenas que habían crecido en ese lugar, su relación con George era la más importante.

Fin.

Entre el amor
y
las dudas



MARTINA

# Martina Carvajal



Mi nombre es Martina Isidora Carvajal Bustos, nací el 15 de mayo de 2008, tengo 18 años y estoy en 4to año medio. Me considero una persona tranquila, y honesta, me gusta pasar tiempo con la gente que quiero, viajar conocer lugares nuevos. Mi Deporte favorito es el voleibol lo he practicado durante demasiado tiempo. En mi vida he pasado por muchas experiencias que me han ayudado a ser la persona que soy hoy. Me fui a Alemania, conocí otra cultura hice amigos de otros países, q lo largo de mi corta vida, me enamore, me traicionaron, me alegré, me decepcione pero siento que la parte más importante de. la vida es el amor, y el cariño que uno entrega nunca me arrepentiré de todo lo vivido.

En el poema que leerán a continuación quise escribir desde algo más personal, tomando como inspiración algunas experiencias que he tenido en el amor. No busca transmitir un sentimiento ni representar una relación en específico, lo que quise hacer es juntar mis pensamientos y mis emociones que he sentido en distintos momentos, yo siento que muchas veces uno no entiende lo que siente hasta que lo escribe y de eso mismo nace mi poema.

Como ya dije estoy en 4to medio, osea que este es mi último trabajo de literatura 2026, lo disfruté mucho, y espero que las siguientes generaciones, amen y disfruten cada uno de sus trabajos y facetas que tenga este electivo.

-Con mucho cariño Martina



Y aunque existan miles de caminos,
siempre te seguiré al caminar,
y aunque tus caricias sean sinceras,
sé que algo me quieres ocultar,
y aunque lo intuya, no te dejo de amar.

Tus palabras se volvieron más dulces,
tus abrazos duran un poco más,
y aunque quisiera creerte,
hay algo que no me deja confiar,
y tengo miedo de volverme a equivocar.
— ☒ —

Mi abuela me enseñó:
quien te acaricia más de lo que suele
es porque te engañó o engañarte quiere,
y desde entonces temo
lo que el cariño realmente esconde.
— X —

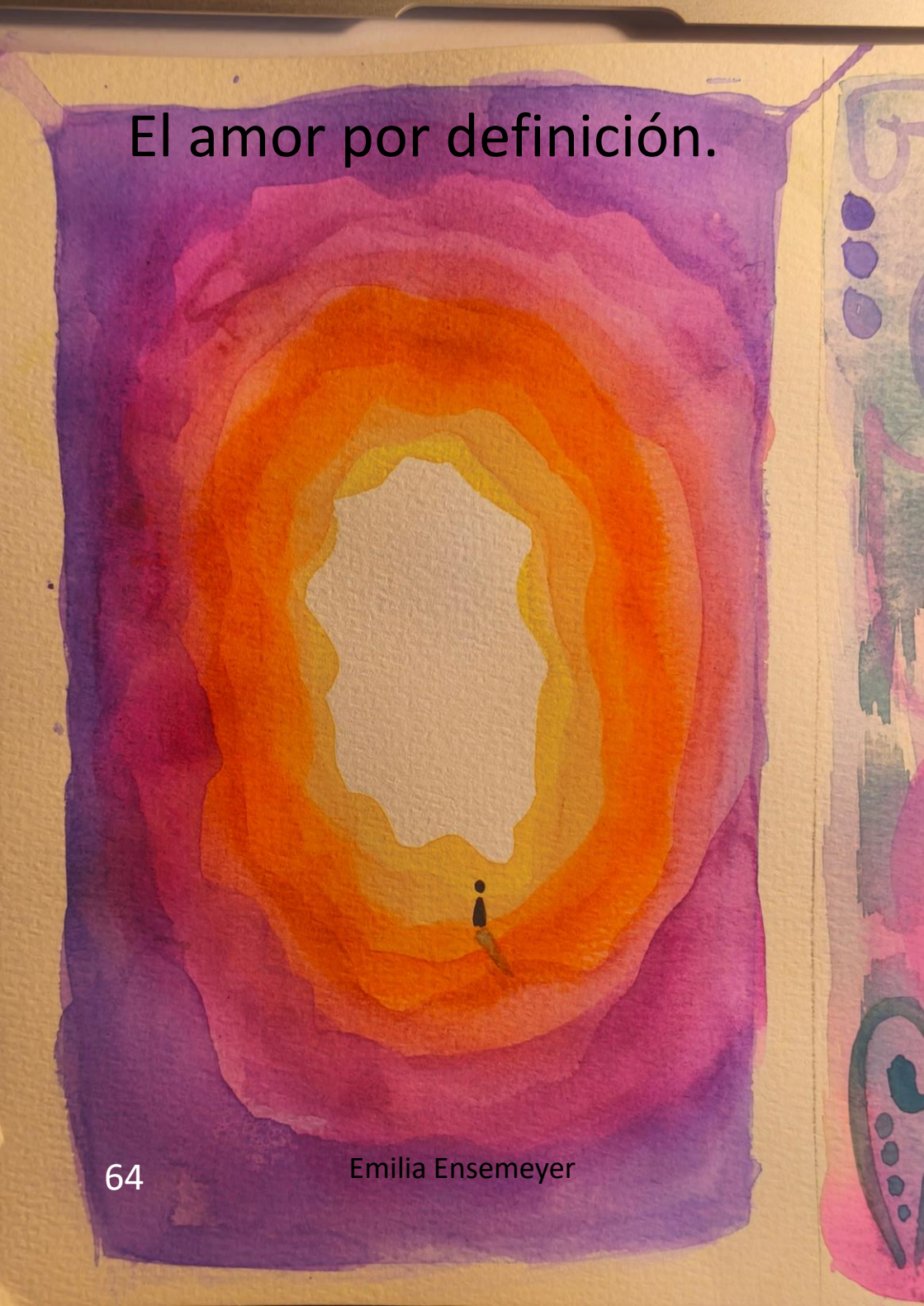
Y aunque me cueste aceptar mis dudas,
no quiero dejar de creer en el amor,
solo espero que tus palabras sean ciertas
y que no juegues con mi corazón,
porque amarte nunca fue mi error.

— X —

Y si algún día descubro la verdad,
espero que no me tengas que explicar
por qué me hiciste dudar de tus caricias
cuando yo solo te quería amar,
porque el amor también merece paz.

— X —

# El amor por definición.



Emilia Ensemeyer

# Biografía

Emilia Ensemeyer nació en la ciudad de Los Andes, Chile en la primavera de 2008. Primera hija de dos diseñadores jóvenes, vivió sus primeros años en Viña del mar y Santiago, rodeada de universitarios y de aventuras inolvidables. Luego de volver a su ciudad natal, Emilia ingresó a Sun Valley College a los dos años, lugar que se volvería su segundo hogar. Siempre se caracterizó por ser una niña muy creativa, empática y madura para su edad. Desde sus primeros años demostró gran interés en las letras y en el área artística, siempre leyendo, pintando, e imaginando nuevas historias. Durante la educación media se integró a la academia de teatro “Arlequín” a cargo de la profesora Alejandra Díaz, lugar en el que logró desarrollar su mayor pasión: la actuación.

También ha estado siempre ligada al ámbito musical, tomó clases de piano desde los siete años, lo cual ha sido un gran aporte a su desarrollo artístico, abriendo miles de puertas a su creatividad y forma de ver el mundo, también tuvo la oportunidad de participar en el coro del colegio en diversas oportunidades.

Siempre se ha caracterizado por ser una líder positiva, cualidad que ha podido desarrollar siendo parte del Centro de Alumnos de su colegio por tres años consecutivos.

a los dieciséis años decide aventurarse en un intercambio escolar de un año en Alemania, completamente sola en el otro extremo del mundo logró abrir sus horizontes más allá del pueblo que ha sido su hogar toda su vida, conociendo diversos países, culturas y realidades. sin duda una experiencia que marcó su vida para siempre. Otra de sus pasiones son los idiomas y la forma en la que estos afectan nuestra forma de percibir todo lo que nos rodea. Emilia cuenta a la fecha con certificación de Cambridge C1 en inglés y un nivel intermedio de Alemán.
si bien aún no tiene claro que es lo que quiere estudiar en un futuro no tan lejano, sabe que será dentro de alguna de las áreas en las que se destaca. priorizando su felicidad ante todo.

# El amor por definición.

Que ilusos que somos, que ilusa que fui,
¿Por qué creemos que el amor tiene una sola forma de ser?
Quién tuvo la audacia de mentirnos,
de asumir que la única forma de amar
era a esa persona en el otro extremo del hilo rojo.

Acaso no puede haber amor en otras cosas?
En la suave brisa de una tarde de verano,
en las risas compartidas,
en las cartas escritas a mano.

Nací amando y moriré llena de amor.
En mi último aliento resguardaré mis amistades eternas,
el calor de la comida de mamá,
la primera vez que abracé a mi hermano,
resguardaré esos “vi esto y me acordé de ti”.

Hay amor en mis palabras,
en los poemas que escribí
pero jamás me atreví a leer en voz alta,
en ese “estoy bien” que rara vez es verdad,
en los deseos que le susurro a la luna en momentos de oscuridad.

Soñamos con ser amados
con ser vistos, adorados.
soñamos tan fuerte que somos cegados
y no notamos que lo que tanto deseamos
está frente a nuestros ojos, siempre lo ha estado.

¿Qué es el amor sino de quienes nos rodeamos?
¿qué es el amor sino los pequeños detalles que recordamos?
qué ilusos que somos, qué ilusa que fuí,
¿cómo es que jamás noté que el amor siempre estuvo aquí?

# ¿Tu eres la llave?



# Biografía



¿Ser o no ser…?, nah, es broma. Hola a quien sea que esté leyendo esto, yo soy Arturo Gana, nacido el 8 de septiembre de 2009, en San Felipe, Chile, en la fecha que este libro más el cuento que están apunto de leer, yo estaba cursando el tercer año medio, en este año fue la primera vez a la que entre a este electivo, el electivo de literatura que la verdad para mi es uno de los electivos más especiales y únicos, ya que, logró hacerme alguien más seguro de mí mismo y me animó a tener confianza en lo que hago. El cuento que van a leer ahora la verdad es que es el primer cuento que he escrito, bueno no el primero en mi vida pero es uno a los que más cariño y empeño les he puesto, si les soy sincero yo nunca había escrito algo cómo esto, es más, nunca me había dado por escribir una historia, nunca le di una oportunidad a esto pero la verdad es que lo seguiría haciendo, el crear a los personajes, la creación de los escenarios, etc, me encantó. A lo largo del tiempo yo nunca desarrollé un amor a la lectura cómo en algunos casos porque la verdad soy alguien más de imágenes que de palabras, a mí me gustaban más lo cómics que las lecturas largas ya que con los cómics uno se podía entretener con las imágenes, bueno saltando unos años el gusto y afecto a los cómics nunca se fue pero lo que se sumó fue el agrado a las lecturas, si me costó en un inicio pero a la larga se volvió algo más cómodo y fluido ya que al imaginar el escenario mientras leía lograba hacer que fuera más divertido. Bueno creo que me estoy saliendo un poco del tema, en fin, disfruten de este cuento, este es Arturo Henrique Gana Herrera, adiós =]

# Capítulo 1: No quiero pero debo

Hace mucho mucho mucho, bueno no tanto tiempo atrás en Élitro una ciudad habitada únicamente por distintos tipos de bichos, vivía una joven y reservada polilla llamado Tao, este era un investigador arqueológico el cual no le gustaba ni se veía en necesidad de tener una relación o siquiera tener amigos con los que socializar, en realidad este chico era alguien muy ansioso y temeroso ante la sociedad, la simple idea de saludar o ver a alguien en la calle le causaba ganas de desaparecer. Un día, mientras Tao estaba buscando lugares a los que podría ir a investigar se dio cuenta que la información que poseía en casa ya no le era útil por lo que tomó la terrible y muy arriesgada decisión de ir a la biblioteca

-Ay no, ¿qué haré?, ya no tengo más información, ¡tengo que salir a buscarla!, pero la gente me pone muy nervioso y se siente horrible, ¿¡imagínate si alguien me habla!?

Esto se prolongaba por varios minutos hasta que finalmente decidió salir. Se puso la ropa más decente que tenía enfocándose en no destacar mucho ante la gente.
Apenas salió de su edificio empezó a caminar de una manera muy rígida lo que indicaba su obvio miedo a que alguien pudiese hablarle, preguntarle, o incluso señalar algo en él. Al llegar a una esquina a unas pocas cuadras de la biblioteca una niña que estaba de la mano con su madre le preguntó a su mamá

-Mami, ¿por qué el señor se cubre con sus alas? ¿acaso oculta algo? ¿o tiene alguna enfermedad?

La madre rápidamente se disculpó, a lo que Tao hizo un gesto rápido casi invisible de que no se preocupara. Durante todo ese tortuoso trayecto Tao finalmente llegó a la biblioteca, con un fuerte suspiro él se relajo sabiendo que nadie le hablaría ahí ya que todos están concentrados en sus libros. El bello y relajante olor a café invadía las fosas nasales de Tao dándole una sensación de tranquilidad y seguridad. Tao caminó directamente a la sección de geografía e historias para ver si lograba encontrar algo nuevo.

Cuando Tao puso un pie en la sección repentinamente sintió un shock raro cruzar su espalda, este sentimiento era algo nuevo, algo inhumano para él, este sentimiento le pareció extraño pero decidió no darle muchas vueltas ya que esto lo podría llevar a un bloqueo y es mejor que eso pase cuando esté solo ya que llamaría la atención de la gente lo que lo convertiría en una situación peor.

-¿Qué fue eso? ¿Será que el universo está dándome alguna señal? no lo entiendo, ¿acaso será que ese imán metafísico me está atrayendo?

Las preguntas se empezaban a formar en su cabeza pero logró hacer que no lo consumieran. Fue buscando libro por libro para ver si encontraba algo que pudiera ayudarlo hasta que después de un rato encontró un libro que llevaba por título “Ciudades de Piedra: Los Yacimientos Arqueológicos Más Increíbles” al sacar el libro de su estante logró ver al otro lado a una bella escarabajo la cual llevaba una etiqueta la cual decía “asistente Iris”.

Cuando Tao la vio sintió como si un trueno lo golpeara.
-¿Será ella? ¿la llave para aquel mundo que he anhelado?

Las preguntas empezaron a llenar su cabeza como un pozo con agua, al mirar de nuevo a través del estante Tao se dio cuenta que la chica se había ido, él rápidamente salió de la sección para ver dónde se fue pero no lograba encontrarla, busco arriba y abajo, a la izquierda a la derecha, pero no lograba encontrar así que cuando estaba apunto de darse por vencido.

-Disculpe, ¿se va a llevar ese libro? Es que creo que lo necesito.

Cuando Tao se dio cuenta de que era ella, le empujó el libro rápidamente y se fue corriendo sin decir nada. Ya fuera de la biblioteca Tao respiraba ansiosamente pero no por lo que ella pensara de él si no porque él sabía que ella era esa llave para el increíble mundo al que Tao deseaba ir.

-¡Es ella! Ella es la llave para mi mundo perfecto, ¡Mi nueva meta es estar con ella, estaré con ella cueste lo que me cueste!

# Capítulo 2: ¡Haré lo que sea para conseguirla!

Tras dos días desde lo ocurrido en la biblioteca Tao ha pasado horas haciendo planes de cómo hablarle, sobre que hablarle, y cómo siquiera acercarse a hablarle, la única pista sobre de que podría hablarle era que le había preguntado sobre el libro de arqueología que él se iba a llevar pero ella le pidió.

-Ok, basándome en la muy poca interacción que tuvimos ese día en la biblioteca, a ella le ha de gustar la arqueología, me gustaría hablarle pero qué pasa si a ella no le llamo la atención o si la hago aburrir con mis investigaciones, no le quiero dar una mala impresión, yo sólo…, ¡la quiero a ella!

Después de esta gran batalla para ver si Tao decide o no ir a hablarle, finalmente Tao a fuerza de voluntad decidió confiar en el azar del destino e ir con la seguridad que no tenía a hablarle. Tomó su mochila, se vistió de forma decente y fue a paso firme pero ansioso hacia la biblioteca para buscar su “llave”. Después de su usual caminata llego a la biblioteca, sentía un enorme peso en la espalda, no era miedo, era emoción, emoción por no saber lo que podría pasar, Tao sentía una confianza inusual recorrer sus venas, cada paso lo hacía sentir más confiado, él sentía miedo pero a la vez incertidumbre de lo que deparará el destino. Tao al entrar en la biblioteca rápidamente intentó encontrar a aquella chica pero no la veía por ninguna parte, buscó arriba y abajo, en la cafetería de la biblioteca pero no estaba, ya se iba a ir hasta que recordó la sección donde la vio por primera vez,

fue rápidamente a la sección de sección de geografía e historias y ahí estaba, Iris, una bella escarabajo que estaba acomodando un par de libros en el estante, Tao cuando la vio su corazón dio un vuelco al saber que el destino finalmente le entregó la llave para el mundo perfecto con el que siempre soñó.

-¿Disculpa…?- Dijo Tao tímidamente -¿Si? ¡Ah, eres tú!- Tao rápidamente se puso nervioso al ver que Iris se acordaba de él, él pensaba que ella estaría molesta por su actitud ese día.

-Te quería agradecer por haberme dejado llevarme ese libro pero no tuviste que molestarte- Tao rápidamente reaccionó ante sus palabras -¡No, no, no!, no fue ninguna molestia, me alegra mucho ayudar, oye, ¿te molestaría decirme el porque te interesó tanto aquel libro?- Iris hizo una larga pausa antes de hablar, algo que asustó a Tao por un segundo, pero repentinamente Iris habló en un tono muy motivado.

-¡¡PORQUE A MI ME ENCANTARÍA SER UNA ARQUEÓLOGA!!, encontrar tesoros, ¡investigar ruinas y aprender todo sobre lo que pasó ayer!

Al escuchar aquellas palabras Tao sintió como aquellas puertas a su mundo perfecto se estaban empezando a abrir lentamente, esas puertas que se mantuvieron cerradas por años finalmente le daban el paso a Tao para poder irse de su realidad actual.

-¡¿En serio?!, yo soy un investigador arqueológico, yo estaba buscando ese libro para ver si encontraba nuevas ubicaciones para ir a explorar, ¿te gustaría ir a alguna expedición conmigo?

Al oír la propuesta de Tao los ojos de Iris se iluminaron como faros, ella saltaba de un lado al otro con mucha emoción, ella finalmente cumpliría uno de sus mayores sueños.

-¡Si, si, si!, ¡Claro que me gustaría ir a alguna expedición contigo!

-¡Entonces no se diga más, nos iremos la otra semana!

Así ambos se pusieron de acuerdo en que irían a investigar antiguas ruinas. Tao estaba increíblemente feliz al saber que su “llave universal” estaba muy emocionada

al oír la idea de acompañarlo a alguna ruina antigua, su sueño de ser una arqueóloga se estaba apunto de hacer realidad.

# Capítulo 3: ¡Está aquí!

Después de mucha caminata, plática, y preguntas del uno al otro finalmente llegaron a la entrada de una cueva, al verla Iris se sintió algo decepcionada, creía que esto no llevaría a nada.

-¿Una cueva? Pensé que iríamos a algún monumento o estructura increíble creada por nuestros antepasados.

-Iris, uno tiene que buscar para encontrar, ¡Si es que quieres encontrar reliquias o monumentos antiguos tenemos que buscarlos!

Dijo Tao mientras empezaba a adentrarse en aquella cueva.

-¿Vienes?- Tao estiró su mano hacia iris en señal de que lo acompañe -Si, ¡vamos!

Después de unos minutos caminando a través de la cueva parecía que no encontrarían nada, las esperanzas de Iris se iban disminuyendo lentamente al no encontrar nada por unos minutos, por otra parte Tao estaba muy contento y emocionado por estar ahí con aquella chica que le mandó el universo.

-¡Mira, esto es genial!

Tao soltó la mano de Iris y se dirigió hacia los muros de la cueva, estos tenían unos escritos en un idioma antiguo, Tao prendió una linterna para poder ver lo que decía pero no logró descifrar lo que decían esos escritos

-¡Espera!, ¡yo he visto esos escritos antes!- Dijo Iris acercándose al muro con los escritos -¡si!, aprendí a leerlos en la biblioteca, aquí dice “si es que la puerta quieres abrir, debes usar la llave que está aquí”, al oír esto Tao se quedó mirándola incrédulo.

-¿A que se refiere, que puerta, será que está al final de la cueva?- dijo Tao -¡Quizás, vamos a ver!- impulsivamente Iris tomó la mano de Tao y lo llevó a paso rápido hacia el fondo de la cueva. Mientras caminaban Tao se recordó que lo que estaba pasando no era un sueño, él estaba con aquella chica que le hizo sentir algo nuevo después de años de soledad.

-¡Mira eso, es una puerta!, ¿será la puerta de la que hablaba aquel escrito?- Las palabras de Iris despertaron a Tao de su corto trance -¿Eh?, ¡Sí, yo creo que sí!, mira aquí hay más escritos, ¿podrías leerlos, por favor?-

-Si claro, dice “el universo será el único que pueda darte la llave para la puerta, pero solo tu sabrás cuando tengas la llave”, ¿a que se referirá con eso?

Cuando miró a Tao en busca de respuestas se dio cuenta que él estaba en blanco, se le veía estático, paralizado, no por miedo si no que por emoción, el universo fue quien los guió a esto, el universo le dio la llave a Tao para esto, después de juntar las piezas Tao se dio cuenta que estas eran las puertas para el mundo perfecto con el que había soñado y la llave era Iris.

-Iris, ¡la llave eres tú!- al escuchar esto Iris quedó desconcertada -¡¿Yo?!, ¡¿Por qué yo?!- Tao estaba formulando las palabras en silencio, él sentía miedo por lo que pudiera pensar, pero a la vez sentía una gran emoción por ver qué le depara el azar del futuro así que tomó un gran respiró y le dijo.

-Iris, por mucho que me cueste decirlo, tú eres la llave para esta puerta, esta es la puerta para el mundo perfecto al que he anhelado ir, el dia que nos conocimos en la mañana yo sentí como un escalofrío anormal me recorría la espalda, era una señal del universo que me decía que hoy algo me llegara y ese algo fuiste tú, la llave para el mundo perfecto al que adoraba ir contigo, ahora te pregunto, ¿me acompañas a este mundo soñado?.

Iris no dijo nada por unos segundos, miró la puerta y luego volvió a mirar a Tao.

-¿Estaremos juntos a donde vayamos?-

-Te lo prometo, estaremos aquí.

Con las palabras de Tao, Iris se acercó a la puerta, puso su mano en ella y acercó su cabeza diciendo suavemente

-¿Puedes puedes puedes por favor dejarnos entrar…?

Al decir esto la puerta se empezó a abrir lentamente, iris se acercó a Tao sus manos se encontraron involuntariamente mientras la puerta se abría por completo, ya apunto de entrar Tao y Iris se miraron.

-¿Estas lista?-

-¡Vamos para allá!

Así ambos entraron a la puerta sabiendo que estarían juntos en la buenas y en las malas, dispuestos a aceptar todo lo que viniera.

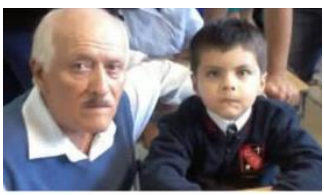

filosofía
SEGÚN
LAS
locas

# JOAQUÍN MENA

Joaquín Alejandro Mena Aguirre nació el 26 de septiembre de 2008 en Antofagasta. Chile. En el año 2020, cuando tenía 11 años, se mudó a Los Andes, ciudad en la que comenzó una nueva etapa en su vida.



Entre los aspectos más importantes de su vida se encuentran su familia, especialmente su hermano y sus padres, sus amigos y su pasión por el teatro. Para Joaquín, el teatro representa una forma de expresión y creatividad que le permite interpretar personajes, transmitir emociones y contar historias.



Su familia, sus amistades y el teatro son pilares fundamentales de su vida y forman parte se su identidad personal.

# Filosofía según las locas

**Personajes**

**Carmencita**: Una mujer de mediana edad con una personalidad autoritaria y arbitraria pero que puede llegar a ser algo cómica y carismática.

**Marianita:** Una mujer que ronda los 50 años de edad, se ve bastante sumisa y sensible pero muy empática, se le nota una mirada melancólica y triste.

**Tribilína:** Una mujer de mayor edad que parece ser una niña pequeña, sólo puede balbucear algunas palabras y siempre luce una mirada perdida.

**ENFERMERA ALEJANDRA**: Es una mujer de carácter autoritario de mayor edad, una mujer fría la cual no parece expresar más emociones que no sean de enojo o molestia, la segunda.

**ENFERMERA ROSA**: es una mujer lo cual más inexperta, joven haciendo su práctica pero que terminó adoptando una personalidad fría después de trabajar en el hospital.

**JEFE:** el jefe de las enfermeras, es un hombre de mediana edad, bastante serio

(La escenografía representa una sala antigua en un hospital psiquiátrico. las paredes son de un color blanco desgastado. hay tres camas, una mesa pequeña, algunas sillas, unas ventanas con barrotes y algunos posters de cantantes antiguos.

En una de las paredes hay un reloj que parece haberse detenido. al fondo, una puerta con un pequeño vidrio rectangular que permite ver parcialmente el pasillo.
Sobre una mesa hay tres tazas, un pozo de azúcar y un queque servido partido a la mitad).

## ACTO 1

### Escena uno

Marianita está sentada mirándose a un espejo, se cepilla el pelo mientras tararea una canción alegre. Tribilína está detenida mirando la ventana. Y Carmencita está sentada en la mesa con la mirada perdida, en su mano una taza, en la otra una cuchara con la que revuelve sin cesar.

MARIANITA: Pásame el otro cepillo, este no me sabe cepillar bien se me enreda el pelo.

CARMENCITA: Te lo sacaron las nanas. Dijeron que era muy duro, que te podía hacer daño.

MARIANITA: Y que les importa a ellas, diles que me lo traigan que ese me cepillaba bien.

TRIBILINA: (Mirada fija en la ventana.) Yo… salir afuera.

CARMENCITA: Pero si recién saliste “para afuera”.

TRIBILINA: ¡Fuera, fuera, fuera!

CARMENCITA: ¿Quieres salir?

TRIBILINA: Se para de la cama y intenta abrir la ventana con rejas.

MARIANITA: Pero para qué quieres salir? Si pa’ fuera no hay nada, nunca hay nada. Acá dentro lo tenemos todo, más linda que eres si sales afuera te vai’ a poner negra de tanto sol, no quiero que te quemes.

CARMENCITA: ¿Y si te peinamos Tribilína? Para que te sintai’ más a gusto!.

Las dos se ponen a peinar el pelo de tribilina mientras ella luce una mirada perdida.

MARIANITA: Tienes el pelo tan enredado, me carga. Y esas puntas tribilina córtatelas. Más encima lo tienes súper crespo.

CARMENCITA: Nada te gusta, todo te carga.

MARIANITA: Oye que eri' habladora, si no me gusta como tiene el pelo no más.

CARMENCITA: Pero por qué le criticas todo, si así tiene el pelo déjala tranquila.

MARIANITA: ¿Oye pero por qué te las dai' conmigo? Déjame tranquila, siempre todo lo que te hago parece malo, déjame tranquila!

Carmencita se para y la amenaza con un peine.

CARMENCITA: ¡No me levanti' más la voz! ¡qué te has creído tú estúpida a venirme a mi a gritarme!

**Entran las enfermeras**.

ENFERMERA 1: Oye, por qué tanto ruido en esta habitación?

ENFERMERA 2: Las mismas de siempre, estas locas me tienen cada vez más aburrida voy a quedar peor que ellas.

MARIANITA: ¡Es esta que se mete en mis cosas, todo me critica!

CARMENCITA : (Histérica, a gritos.) ¡CÁLLATE! ¡ÁNDATE, ÁNDATE!

MARIANITA: Y A DONDE ME VOY A IR? SI NOS TIENEN COMO PAJARITO ENJAULADO!

ENFERMERA 2:(Interrumpiendo la pelea.) ¡YA CÁLMENSE! Llévate a esa loca, dale una olanzapina y enciérrala en la sala de descanso.

ENFERMERA 1: Tú hazte cargo de la otra, dale una hidroxizina no más y que se calme.

Empieza un forcejeo entre las enfermas con Marianita y Carmencita, las dos no quieren alejarse de la una y la otra, mientras tribilina solo

yace en el fondo de la habitación tapándose los oídos, a punto de entrar en una crisis. con los ojos cerrados y sentada tapando su cara con las piernas. Salen las dos enfermeras en una total escena de resistencia de parte de las dos pacientes dejando a tribilina sola en la habitación intentando mantenerse a flote.

## Escena dos.

[El escenario se cambia al pasillo del hospital.

Entran las dos enfermeras con una taza de café cada una lo cual parece ser una hora de almuerzo.]

ENFERMERA ROSA: ¿En serio? ¿Y la otra como está?

ENFERMERA ALEJANDRA: La más normal, si tú le dices come, come. Si tú le dices que se duerma ahí se duerme. Y bueno… la otra tonta, “Tribilína” no tiene arreglo, uno le mete una que otra cuestión para sedarla y que no moleste.

ENFERMERA ROSA: ¿Y a ella de cuando que está acá? No me imagino que haya gente así que tenga mamá o papá, como que los locos salen de calle ja ja.

ENFERMERA ALEJANDRA: Su familia nos paga una buena mensualidad más dos millones de pesos para que no los busquemos y no los contactemos más, su verdadero nombre de hecho no es na' tribilina, se llama María Mercedes Huidobro Larraín. Lleva lo que ha llevado este hospital en pie.

ENFERMERA ROSA: Y si tiene tanto "pituto" que está haciendo en esta casa de acogida si acá traen a los locos que no tienen donde caerse muertos

ENFERMERA ALEJANDRA: Es que es por eso mismo, en ningún otro lado la quisieron aceptar. Su historia es un tanto triste, esta necia era como cualquier mujer que perteneció al grupo "ABC1" social acomodada, como estas mujeres de ahora que se pasean por todo Las Condes con más bolsas que cuerpo. Estaba esperando guagüita y estaba recién casada, pero los médicos le dijeron que es a guaguita no iba poder nacer, que ya venía muerta. Y que no iba a poder procrear nunca más, el esposo no quiso aceptar que no iba a tener hijos con ella y se marchó a las Europas.

Ella no lo pudo aceptar y se trastornó, rompió todas las cosas de su casa y se marchó a viña del mar para intentar matarse tirándose al mar. Le decimos la "Tribilína" porque llegó sosteniendo un peluche de Tribilín, que iba a ser para su hijo.

ENFERMERA ROSA: Oye pero que fuerte todo, qué lástima que me dan.

ENFERMERA ALEJANDRA: El momento que uno les empieza a tener simpatía es cuando se convierte en uno de ellos, por eso yo trato de hacer mi trabajo no más, no involucrarme tanto.

ENFERMERA ROSA: Nadie quisiese, si mi hijo sale fallado me muero, yo creo que haría lo mismo si tuviese las "lucas."

ENFERMERA ALEJANDRA: Ya oye, hace rato que el jefe te está llamando parece que quiere conversar contigo. No le digai' nada mío por qué en un rato más le pediré un adelanto.

ENFERMERA ROSA: ¿Ay que me querrá decir ahora? Ojalá que no se las de conmigo por qué le quería pedir lo  mismo, no vei' que el finde iba a salir con mi pololo.

ENFERMERA ALEJANDRA: Ya po, vámonos apurando que yo también tengo cosas que hacer.

(Salen las dos de escena )

**Escena tres**

El escenario cambia a una habitación minimalista que cuenta con una cama, una mesita de noche y varios posters religiosos pegados en la pared. Se ve a Marianita sentada en el piso en una disposición de total calma. Se escucha como se toca la puerta.

MARIANITA: ¿quién es?

CARMENCITA: (susurrando) soy yo.

MARIANITA: apúrate entra! (Carmencita entra sigilosamente en la habitación, cierra la puerta detrás de ella lentamente y cuida sus pasos.)

CARMENCITA : Me escapé en la hora de almuerzo, ojalá no me haya visto nadie.

MARIANITA: Ojalá po' o si no nos van a encerrar en el ático, ya no hayan como castigarnos!

CARMENCITA: No creo, si te vengo a hablar una cosa.

MARIANITA: ¿qué cosa?

CARMENCITA: te tengo un plan super sencillo. Nos escapamos adonde está la tribilina y hacemos otra huelga de hambre hasta que nos dejen a las tres juntas de nuevo.

MARIANITA: Pucha no se. Si yo no como me vuelvo Úrsula, a todas las dejo sin voz, si en verdad me pongo insoportable.

de unos segundos se escuchan unos pasos )
CARMENCITA: Ya pero no importa, si van a hacer unos pocos días hasta que cedan, confía en mí.

( Se escuchan pasos de fondo.)

MARIANITA: escóndete debajo de la cama que vienen las nanas!

(Carmencita exaltada mira hacia todos los lados antes de esconderse debajo de la cama.

Se escuchan las llaves abriendo la puerta y luego se abre de golpe.)

ENFERMERA ROSA: Ya son las dos de la tarde te tienes que tomar los antipsicóticos.

MARIANITA: ( visiblemente nerviosa ) bueno señorita lo
que usted quiera pero sin agua no me puedo tomar nada po qué me ahogo.

ENFERMERA ROSA: oye cada vez más exquisitas estas locas, agua de la llave no más te voy a traer.

( la enfermera deja las pastillas junto con un juego de llaves en la mesita de noche y sale de escena.)

MARIANITA: ¡ Apúrate sale, me dejó las llaves y la puerta abierta! (Carmencita sale debajo de la cama toma las llaves y salen corriendo de la habitación junto a Marianita, luego

ENFERMERA ROSA: Listo acá está el … estas locas de mierda se escaparon de nuevo!

# ACTO 2

**Escena uno**

(La escena se cambia a una habitación con una sola cama en el centro. La habitación está hecha un desastre con cosas tiradas por todo el suelo y desordenada por todas partes. Las tres pacientes lucen un aspecto deteriorado cada una está en una parte diferente de la habitación aisladas la una de la otra.)

MARIANITA: Salgamos, ya podemos ir afuera. No nos va a pasar nada.

CARMENCITA: ¿estas loca? Ya llevamos lo suficiente metidas aquí para que nos castiguen de la peor manera, capaz que nos vayan a hacer.

MARIANITA: debimos habernos arrepentido. Esto no fue un buen plan no sé en qué pensamos.

CARMENCITA: bueno yo no me arrepiento. Prefiero estar acá podrida y muriéndome de hambre con ustedes que podrirme sola comiendo guisos molidos todos los días.

MARIANITA: y entonces que hacemos

CARMENCITA: nos morimos con dignidad po'.

( hay un silencio de unos minutos)

MARIANITA: tribilina … ¿me escuchas?

TRIBILINA: …

MARIANITA: ¿Todas estas veces que he hablado contigo me habrás escuchado?

TRIBILINA: …

MARIANITA: Aunque no me escuches igual te diré que te quiero, y que siempre me acuerdo cuando yo llevaba unos meses no mas internada cuando nos pusieron en la misma pieza, y recuerdo hablar contigo todas las noches, me sentía menos mal, menos sola, Estábamos en las mismas. Yo sentía tu tristeza y veía en tus ojitos todo lo que fuiste cargando. Nos reíamos tanto, me acuerdo que imitábamos las voces de todas las nanas, la que te salía más chistosa era la de la viejita, no me puedo acordar su nombre, pero ya no trabaja más acá

TRIBILINA: …

MARIANITA: Aunque no me escuches igual te diré que te quiero, y que siempre me acuerdo cuando yo llevaba unos meses no mas internada cuando nos pusieron en la misma pieza, y recuerdo hablar contigo todas las noches, me sentía menos mal, menos sola, Estábamos en las mismas. Yo sentía tu tristeza y veía en tus ojitos todo lo que fuiste cargando. Nos reíamos tanto, me acuerdo que imitábamos las voces de todas las nanas, la que te salía más chistosa era la de la viejita, no me puedo acordar su nombre, pero ya no trabaja más acá.

TRIBILINA:…

MARIANITA: No me acuerdo muy bien cómo era mi vida antes, pero recuerdo que siempre te contaba pequeños detalles de las cosas que más extrañaba de mi casa, tal vez hasta sabes más que yo. Las dos queríamos tanto nuestras casas que no nos dimos cuenta que ya éramos lo único que nos quedaba era la una a la otra.

TRIBILINA:…

MARIANITA: Me siento culpable de no poder evitar lo que pasó, me di cuenta que ya estabas perdiendo tu brillo poco a

poco. Pero esa noche antes de que lo hicieras me di cuenta, que ya no te sentías con más ganas de

estar acá.

CARMENCITA: yo creo que en el fondo si te escucha.

MARIANITA: ojalá así sea.

CARMENCITA: tal vez te escuche más ella que yo, perdí mis cinco sentidos por el hambre que tengo.

MARIANITA: Oye espera tengo una idea.

CARMENCITA: ¿qué idea?

MARIANITA: Si yo le robé las llaves de las piezas a la nana, eso significa que podemos cerrar y abrir la puerta cuando queramos.

MARIANITA: Si yo le robé las llaves de las piezas a la nana, eso significa que podemos cerrar y abrir la puerta cuando queramos.

CARMENCITA: obvio que si.

MARIANITA: Entonces por qué no esperamos hasta que sea de noche para ir a la cocina a buscar comida.

(Carmencita visiblemente emocionada corre hacia el otro extremo de la habitación donde está Marianita)

CARMENCITA: ya po'! Así las nanas todavía van a pensar que estamos en huelga.

## Escena dos

(El escenario cambia a una cocina y un comedor, hay comidas de todo tipo servidas en las mesas, etiquetadas con los nombres de diferentes pacientes, las dos enfermeras se encuentran en escena con una taza de café en la mano de cada una, hay varias mesas y se deciden sentar las dos a hablar en una de las mesas.)

ENFERMERA ALEJANDRA: ¿ Oye te comiste tu unos paquetes de galletas que dejé yo ayer?

ENFERMERA ROSA: No estoy ni ahí con tus galletas si yo estoy a dieta.

ENFERMERA ALEJANDRA: te digo una cosa, de nada te sirve hacer dietas si un día vas a hacer vieja igual que yo y vas a ganar todo el peso que perdiste. Pero sabes que el jefe me retó, dice que hay comida que se anda perdiendo.

ENFERMERA ROSA: Debe ser un loco que come de más. ¿ oye y las otras locas en huelga?

ENFERMERA ALEJANDRA: sabes que tuve que llamar a carabineros. Les dije po', que no tenemos cómo abrir esa puerta y si se mueren de hambre no va a hacer culpa más que de ellas.

ENFERMERA ROSA: ¡ si se sacan cada cosa! Me voy a volver desquiciada si sigo trabajando un día más acá.

JEFE: muy buenos días señoritas, disculpe molestarlas.

Las dos se asustan y se paran inmediatamente de sus sillas al ver al jefe.

ENFERMERA ALEJANDRA: Buenos días jefecito, No se preocupe! ¿Quiere que le sirvamos una taza de café?

JEFE: no hace falta, si vine por qué quería conversar con ustedes un tema.

ENFERMERA ROSA: cuéntenos qué nos pone nerviosas!

JEFE: si, miren. Me pude poner en contacto con este individuo y le conté sobre la situación.

ENFERMERA ALEJANDRA: ¿ y qué le dijo?

JEFE: aceptó venir.

ENFERMERA ROSA: ¡ pero como me alegra escuchar eso!

JEFE: vendrá hoy mismo, así que justamente les voy a pedir que lo reciban. Les dejé el número para que él llame una vez esté acá.

ENFERMERA ALEJANDRA: No se preocupe jefe si usted sabe que puede contar con nosotras.

JEFE: Muchas gracias Alejandra. Y ya se pueden ir retirando tenemos que seguir trabajando.

**ENFERMERA ROSA: Si jefe con permiso.**
**(Salen de la cocina)**

## Escena tres

(La escena se cambia a la misma habitación desordenada, pero hay cambios en la disposición de las pacientes, están las tres juntas, reunidas comiendo un montón de diversos tipos de comidas agarrados de la cocina, las tres están concentradas en comer.)

CARMENCITA: No habría pasado otro día más sin comer, eres tan inteligente.

MARIANITA: había que pensar un poco no más ja ja. ¿Y al final cuántos días fueron?

CARMENCITA: no sé, no los conté… ¿habrán sido más de tres noches?

MARIANITA: No creo, fueron menos.

Tribilína mira detenidamente a Marianita, y intenta decirle algo.

TRIBILINA: yo…

MARIANITA: Tú…?

TRIBILINA: tes… cu….

MARIANITA: Cuéntame! Que me quieres decir no entiendo.

Tribilína solo podía balbucear unas cuantas palabras y después de unos minutos solo cerró los ojos y siguió comiendo.

MARIANITA: ay, que me habrás querido decir.

(Se toca la puerta )

CARMENCITA: NO VAMOS A SALIR.

(Se escucha desde afuera de la habitación.)

ENFERMERA ROSA: Una persona viene a venir a la señor
Marianita

MARIANITA: a mi!?

CARMENCITA: ¿Marianita tú llamaste a alguien?

MARIANITA: yo no eh llamado a nadie.

DESCONOCIDO: Señora Marianita, solo queremos conversar con
usted, no está en problemas se lo aseguro,
lleguemos a un acuerdo.

CARMENCITA: Es un trampa, ya no hallan qué hacer,
¡quédate aquí no los pesques!

MARIANITA: Veamos que quieren.

CARMENCITA: No seas necia, quédate acá, si no hacemos lo que ellos dicen tendremos más posibilidades de que se rindan.

DESCONOCIDO: Estoy del lado de ustedes, necesitamos conversar para llegar a un acuerdo.

CARMENCITA: Es un trampa, ya no hallan qué hacer, ¡ quédate aquí no los pesques!

MARIANITA: Veamos que quieren.

CARMENCITA: No seas necia, quédate acá, si no hacemos lo que ellos dicen tendremos más posibilidades de que se rindan.

DESCONOCIDO: Estoy del lado de ustedes, necesitamos conversar para llegar a un acuerdo.

MARIANITA: Yo a usted no lo conozco, sí quiere conversar lo podemos hacer desde la puerta.

DESCONOCIDO: Acaso no reconoce mi voz.

Marianita se queda plasmada intentando reconocer la voz que está escuchando y se gira a Carmencita.

MARIANITA: Voy a salir, necesito que todas las personas al lado de usted se vayan, voy a ver entre la puerta entreabierta y si veo que me están tendiendo una trampa seré lo suficientemente rápida para cerrarla y no volverla a abrir.

(Se escuchan algunos pasos yéndose de la escena )

DESCONOCIDO: estoy solo señora Marianita.

CARMENCITA: Marianita no tienes por qué ir.

MARIANITA: Necesito que tú me ayudes con la puerta, no tardaré.

CARMENCITA: ¡ Marianita no vayas!

(Marianita corre hacia la puerta con precaución la abre lentamente, mira hacia afuera unos segundos y sale de la
habitación cerrando su puerta detrás de ella)

MARIANITA: ¿Lo conozco?

DESCONOCIDO: Al parecer si, solo quería conversar contigo.

MARIANITA: ¿ y qué me quiere decir?

DESCONOCIDO: El saber de tu comportamiento. ¿ de dónde viene esta huelga de hambre?

MARIANITA: Es por qué son las nanas que no nos dejan
tranquilas, si nos ponían en la misma pieza no habríamos echo nada.

DESCONOCIDO: ¿ Y las peleas con tus compañeras?

MARIANITA: Bueno eso es a veces no más. ¿Y usted quién es? ¿por qué me hace tantas preguntas?

DESCONOCIDO: por qué cuando tú haces todas estas tonteras es a mí al que llaman, por qué esas nanas que tú dices ya no pueden más contigo.

MARIANITA: Bueno diles que no te llamen más.

DESCONOCIDO: Bueno justamente a eso vine.

MARIANITA: ¿ y yo que tengo que ver con esto?

DESCONOCIDO: por qué tu te vas a venir conmigo mamá.

MARIANITA: ¿Qué?

DESCONOCIDO: Ya llevas suficiente tiempo acá y los doctores se
dieron cuenta que estas mucho más estable que cuando viniste aquí por primera vez, que todas estas tonteras que estás haciendo son solo para seguirle la corriente al resto de pacientes. hablamos en casa y creemos que va a ser mejor que
entre los hijos nos turnemos para estar contigo y que una doctora te venga a ver de vez en cuando. Así vas a progresar más rápido.

MARIANITA: Pero esta es mi casa, ellas son mis hermanas son mi familia.

DESCONOCIDO: Te prometo que puedes volver a visitarlas siempre que podamos. Pero es momento de que estés con nosotros. Los hijos de Manuelito, tu hijo, ya nacieron. El está emocionado de que conozcas a sus nietos. Ven mamá, vamos a buscar tus cosas.

Tribilina le da un abrazo y a Marianita le salen algunas lágrimas.

Por toda la conversación Carmencita estuvo escuchando detrás de la puerta, se ve como está sorprendida y a la vez triste. Pone su mano en la boca en señal de sorpresa. Una de sus únicas amigas se va y no sabe que es lo que puede hacer. El hijo de Marianita la lleva poniendo su brazo en la espalda y llevándosela de la escena. Marianita no sabe cómo reaccionar, toda la información es nueva y la vemos con una cara de confusión, sigue a su hijo y se van de escena.

# ACTO 3

## Escena uno

La escena cambia a la entrada del hospital, está el hijo de Mariana
sosteniendo un par de maletas. Se encuentran las dos enfermeras y Tribilina
en la escena ya que se juntan para despedir a Marianita, todos sostienen carteles de despedida. Las dos enfermeras lucen felices mientras Tribilina luce un mirada triste y perdida, Marianita está acompañada de su hijo y se ve intentando sostener su tristeza.

ENFERMERA ROSA: Marianita! Te vamos a extrañar tanto, recuerda venir a visitarnos.

MARIANITA: Es una pena que Carmencita no haya venido a despedirse.

ENFERMERA ALEJANDRA: No te preocupes si ya se le va a pasar, se enoja por tonteras.

MARIANITA: Si, de todas maneras le dejé una carta, espero que se la puedan pasar.

ENFERMERA ALEJANDRA: ( recibiendo la carta) No se preocupe yo se la paso.

MARIANITA: (girándose a Tribilina) mi querida Tribilina te voy a extrañar tanto, gracias por acompañarme todo este tiempo. No se que habría echo sin ti.

MARIANITA: Te dejé algunas cosas en tu habitación, unos chocolates que me trajo este caballero de Santiago, espero que te gusten mucho, y una plantita de plástico. No se va a morir nunca, son de esas flores que crecen en el lodo, hay amores que crecen en las adversidades y este es uno de ellos.

TRIBILINA: Yo…

Tribilína intenta balbucear unas palabras pero Marianita la abraza y le susurra algo.

HIJO: Mamá, ya nos vienen a buscar.

MARIANITA: Bueno déjame hacer algo por última vez.

Marianita se gira y les da un último abrazo a las enfermeras y a Tribilina, agarra una de las maletas y se va abrazada por la espalda junto a su hijo, se van de escena por el lado opuesto al hospital y luego de un rato salen las enfermeras y tribilina de escena.

**Escena Final**

( El plano cambia a una mesa con un teléfono fijo antiguo, la sala está vacía hasta que entra Carmencita y Enfermera Alejandra.)

ENFERMERA ALEJANDRA: Ya te sabes las reglas, tienes 20 minutos máximo.

CARMENCITA: Si, si. Ya lo sé.

La enfermera sale de la escena. Carmencita toma el teléfono marca un número y espera hasta que le contesten.

CARMENCITA: Hola… soy yo la Carmencita…. Tanto tiempo…. Revise tu carta, es muy linda muchas gracias. Hace rato nadie me decía algo tan lindo…. Yo igual te extraño y mucho, las cosas son diferentes desde que no estás. Las nanas no son tan pesadas como antes pero no nos pescan a nosotros. En el fondo eras tú la que hacías las cosas lindas acá, perdón por no haber ido a tu despedida y no haberme despedido de ti, quizás no quería aceptar la realidad…Gracias por entender…mira Marianita, te hablaba para visarte que ayer en la noche fueron a ver a la Tribilína y bueno… No, no. Fue en el sueño. Creo que fue algo que pasó con sus medicamentos. La vamos a velar mañana acá mismo. Desde las 1:30 de la tarde. Ojalá puedas venir, te voy a estar esperando, te amo mucho, me tengo que ir se me va a acabar el tiempo… adiós.

Carmencita estuvo un momento con el teléfono en las manos antes de colgar, se le escapó una lágrima y se las limpió con las manos, luego de un momento salió de escena.

FIN.


mi
última
memoria
de
nosotros

# BIOGRAFÍA

Kenneth Muñoz Orellana, nacido un 7 de Septiembre de 2009 en Talca, Chile, es un estudiante qué al momento de escribirse este libro, está cursando tercero año medio, en el electivo de literatura. Desde temprana edad Kenneth mostró interés por la lectura al tratarse de sus gustos, desde niño se dedicó a leer y coleccionar libros de animales, especialmente de su criatura favorita hasta el día de hoy, el pingüino. Así, con el tiempo y a medida que crecía, desarrollaría extensivamente su gusto por la lectura hasta descubrir su interés por la literatura gótica y la “poesía maldita”, siendo algunas de sus inspiraciones Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Edgar Allan Poe, entre otros. Sus formas de escritura que también forman parte de sus inspiraciones, pues están estrictamente relacionados a los autores mencionados, son el relato corto, las novelas policiales, los cuentos de terror gótico y las historias de misterio.

Kenneth —o cómo él prefiere qué lo llamen, “Kenny”— es alguien bastante reservado e introvertido, qué prefiere refugiarse en sus intereses y pasatiempos. Entre los pasatiempos de Kenneth, además de la lectura, está el arte en diferentes formas, destacando el dibujo, la escritura de forma casual, y las películas de terror. Una de las cosas favoritas de Kenneth sobre la literatura es investigar, ama los cuentos metafóricos que tienen una gran historia y significado detrás de ellos, y parecen bizarros al leerse por primera vez. Pero además de la investigación en la literatura, Kenneth siempre ha contado con un amor a informarse, investigando en su tiempo libre sobre temas cómo los mencionados previamente, los animales, diferentes formas de arte, etcétera.

Finalmente, Kenneth es alguien qué se muestra muy callado y qué no busca sobresalir mucho, pero tiene mucho qué decir cuando se trata alguno de sus intereses.

Vivía en carne propia lo qué antes solo podía ver en su subconsciente, claro, cuando el tormento lo liberaba y podía conciliar el sueño. Durante años ella había vivido ahí, en su recuerdo al dormir, su agonizante recuerdo de lo qué debía ser el día más feliz de su vida. Fue difícil los primeros días seguidos a la tragedia de su día de boda, pues no hubo trazo de somnolencia qué su dolor permitiera. Pero cuando logró rendirse al sueño, pensó que ella sería lo único que reinaría ese plano de su mente. Muchas veces despertó con certeza de que ella estaba de vuelta en sus brazos, para ser abrazado únicamente por el frío de su habitación y la ausencia de su amada.

Sin embargo, ahora, ahí estaba. Ella sonreía justo cómo lo había hecho ese último día, justo cómo lo había hecho incontables veces en sus sueños, ahora a los pies de su cama, en medio de la oscuridad de la noche.

—¿Angélica?

Habló cómo un susurro, tembloroso. Él permaneció inmóvil, hasta qué sólo moviendo las pupilas, observó su último recuerdo de ella, conservado al costado de su ventana: “Recién casados: Víctor y Angélica” marcaba el cuadro. Ella llevaba el mismo vestido de novia, con alto volumen y aplicaciones de encaje, cómo ella vestía en todas sus ropas. El cabello negro recogido, que contrastaba con el velo blanco del mismo encaje que aquello que adornaba su vestido, y no permitía distinguir muy bien su rostro. Eso que veía frente a él, era exactamente igual a su fallecida mujer.

No pasó mucho para que el sólo contemplarla fuera reemplazado por una búsqueda desesperada, dónde una sonrisa empezaba a formarse en la comisuras de sus labios, y al mismo tiempo lo hacían las lágrimas.

—Eres tú…Se arrastró desde su cama hasta arrodillarse ante ella, sintiendo a sus piernas incapaces de levantarse. Víctor se aferró a la tela de su vestido con desesperación, alzando la cabeza para buscar su mirada, como si al dejar.

seguía ahí, ahora mirándolo de vuelta.

—¡Realmente eres tú! ¡Volviste!

Exclamó entre llantos, sintiendo que el haber soñado tanto con ella había dado frutos y ahora la tenía de vuelta, le resultaba imposible sólo pensarlo. Clavó su mirada en el rostro de Angélica, qué era como una memoria distante. A Víctor le parecía borroso. Podía atribuirlo a las lágrimas que llenaban sus cuencas, pero a decir verdad, ya ni siquiera recordaba cómo era realmente su rostro.

Intentó buscar ojos bajo ese velo blanco, y por un instante creyó haberlos visto, suficiente para que él pudiese recuperar la fuerza en sus piernas y logrará ponerse de pie, aún tembloroso. Eran los mismos ojos que lo miraron con ilusión aquel día, llenos de felicidad, aquellos ojos que tenían un brillo especial solamente para él, en un instante se fueron, una vez más.

El rostro parecía alejarse cuanto más intentaba reconocerlo, como si su memoria estuviera tratando de completar los espacios que ya no podía recordar. Víctor alzó su mano, con intención de levantar su velo y posar su mano en su mejilla, anhelando volver a sentirla, pero se detuvo. Por un instante temió todo movimiento, imaginando que ella desaparecería justo antes de lograr cualquier contacto, cómo había pasado muchas veces cuando solo soñaba con ella. Ahora sólo observaba.

Miraba su cabello arreglado igual, pero parecía tan solo un poco más corto. Miraba la forma de su rostro, era la misma, pero sus labios eran justo un poco menos finos.

Cabello.

Rostro.

Labios

Voz.

Para este punto Angélica no había dicho ni una sola palabra.

Víctor no se inmutó hasta que su anhelo actuó por sí mismo, contrario a su temor, y sus dedos rozaron su mejilla, mientras su voz volvía a quebrarse.

—Dime algo, por favor. Dime qué mi mente no está jugando conmigo.

Suplicó antes de sentir algo frío cubriendo el dorso de su mano. Era la primera vez qué ella se movía. Víctor se quebró de inmediato, y cedió al contacto, para ahora abrazarla por completo.

No necesitaba que hablara. No necesitaba hacer nada, Víctor ni siquiera prestaba atención al hecho de qué Angélica estaba tan fría cómo el hielo. El simple hecho de tenerla delante, entre sus brazos, le era suficiente para tener de vuelta al sí mismo que había perdido aquel día.

—No sabes cuánto te esperé. Susurró, intensificando el agarre de sus brazos mientras hundía su rostro en el hombro de Angélica, cerró con fuerza los ojos buscando calor en su fría figura. Durante unos segundos fue sólo él y la mujer qué nunca dejó de amar, no importaba el frío de la habitación, ni cómo Angélica había vuelto, sólo podía alegrarse de tenerla de vuelta. Temía abrir sus ojos y qué ella desapareciera, cómo al despertar de sus sueños en los que Angélica reinaba.

Sin embargo, mientras más prolongaba su abrazo, más ajeno lo sentía. La mano de Angélica que previamente había posado en su mejilla ahora estaba en su nuca. Quizá era que sus manos se sentían un poco más pequeñas, o qué sus dedos no eran así de delgados, pero no lograba sentir por completo qué se trataba de su amada.

Sus ojos terminaron abriéndose involuntariamente, y justo cómo temía, había desaparecido de sus brazos, siendo ahora la luz de la luna lo único qué le hacía compañía. Permaneció inmóvil al principio, observando pasmado el vacío frente a él. Rápidamente, está sorpresa fue reemplazada por miedo.

Desesperado, miró a sus costados, esperando irracionalmente que sólo se hubiera movido de lugar. Revisó toda la habitación, el pasillo que daba a su mencionado dormitorio, las escaleras, cada rincón de la casa, gritando su nombre de la misma forma en la qué lo hizo cuando la perdió, pero no había rastro alguno de ella.

Víctor cayó sobre sus rodillas en medio del frío pasillo, con la respiración agitada. Tenía la certeza de qué no se había tratado de un sueño, había experimentado sueños con Angélica por años, y en ninguno había logrado sentir la cercanía que había sentido ahora. Las texturas del vestido, las manos de Angélica sobre su rostro, sabía que no podía tratarse de un sueño.

A partir de aquella noche, Víctor decidió que no esperaría a qué Angélica se hiciera presente, él la buscaría. No dormía por las noches, temiendo que por estar sumido en su descanso, se perdería su encuentro. Y así empezó a frecuentar.

El dormitorio fue lo primero. Pasaba horas sentado en el borde de la cama, observando los pies de ella y aguardando el momento en que pudiera volver a distinguir entre las sombras el blanco de su vestido. Luego fue el pasillo, en el qué se quedaba quieto durante la madrugada, seguro de que oiría sus pasos en cualquier instante. Con el paso del tiempo, empezó a deambular por toda la casa sin una razón aparente, haciendo paradas frente a las ventanas, ingresando en cuartos que apenas utilizaba, quedándose durante mucho tiempo en los sitios donde había compartido algo con ella alguna vez.

La segunda vez que la vió, estaba al otro extremo de la habitación. Inmóvil, con las manos a sus costados, opacadas por el gran volumen de su blanco vestido de bodas, tal cual se había aparecido la primera vez.

—¡Angélica!

Victor sintió su corazón acelerarse, y a paso rápido se acercó a ella. Volvió a buscar unos ojos en su rostro, qué en un pestañeo este había vuelto a cambiar, no podía explicar qué exactamente, pero lo había hecho.

—¿Por qué no me dices nada, Angélica?

La observó fijamente, deteniéndose ante su propia pregunta, le había hecho darse cuenta que tampoco podía recordar su voz.

Sintió como la ilusión perdió fuerza, cómo aquella certeza que había construido durante los últimos minutos comenzaba a quebrarse.

—Amor mío —insistió— Dime algo.

Ella permaneció inmóvil. Víctor dio otro paso, ahora hacía atrás, buscando una mejor imagen de la mujer frente a él. El vestido parecía exactamente el mismo, aunque ahora podía distinguir pequeñas diferencias que en la noche anterior no existieron. El encaje del vestido no caía de la misma manera, el cabello tampoco tenía exactamente el mismo largo, era notable incluso aún estando recogido. Incluso la forma de su boca le resultaba ligeramente ajena, aunque marcara esa sonrisa que podía recordar a la perfección.

Volvió a buscar sus ojos, sin resultado alguno.

—Eres tú.

Lo dijo con menos seguridad esta vez, cómo si sé tratará más de él intentando convencerse a sí mismo que una afirmación verdaderamente. No hubo respuesta alguna.

Víctor cerró los ojos con fuerza durante unos segundos e intentó recordar el rostro de Angélica tal como había sido antes de morir, no en sus sueños, o cómo trataba de mostrarla aquella figura que tenía delante. Quiso reconstruirla únicamente desde su memoria, y no pudo. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, aterrorizado de la distorsión de su memoria, ni siquiera era consciente realmente de cuántos años habían pasado desde la tragedia, mucho menos cuántos sueños y pesadillas de Víctor había protagonizado, cómo para qué ahora fuera un desafío recordar cómo era realmente.

Sin embargo, al volver a abrir los ojos, ella seguía ahí.

El mismo escalofrío qué había recorrido su cuerpo por el terror de no poder recordar a Angélica, ahora lo transitaba por el terror de sentirse aliviado de qué al menos aquella figura siguiera ahí. Ahora contemplaba aquella cara que cada vez reconocía menos y, aun así, deseaba más. Pensó, por unos segundos, que quizá las incongruencias no eran de tanta importancia.

Después de todo, ¿qué otra cosa podía esperar de un recuerdo que había sido obligado a sobrevivir durante tanto tiempo? Víctor aprendió algunos patrones en los que ella podía aparecer, para él comenzar a buscarla. A Veces estaba junto a las ventanas, su habitación, habitaciones que casi no habitaba, pero siempre era cuando él empezaba a pensar que sólo se era producto de su mente, él levantaba la mirada, y ahí estaría ella, cómo si aquella mente quisiera hacerlo descender.

Su obsesión no se quedó atrás en aprender detalles pequeños de su apariencia.

A veces llegaba con el pelo suelto y otras veces de nuevo lo usaba recogido, el largo de su vestido no era el mismo todos los días, al igual que la forma de su rostro. Empezó a aprender esos rasgos nuevos en lugar de esforzarse en recordar los de Angélica.

Realmente, empezaba a parecerse cada vez menos a Angélica.

Quizá fue por el ancho de sus brazos, que parecían un poco más delgados, o por su estatura ahora un poco más alta, qué se dio cuenta que ahora imaginaba a una persona completamente distinta y separada de Angélica. Pero, por alguna razón, sólo hacía su obsesión aún más creciente, y qué estos nuevos recuerdos empezarán a tomar el lugar de las ya lejanas memorias de su… ¿amada?

¿Cuál era el nombre? Ya no importaba. Había tomado una decisión. En una de sus últimas visitas, Víctor vistió el traje negro de bodas qué no recordaba por qué guardaba en su armario, pues no recordaba una boda, pero quizás ya era hora.

Ella apareció inadvertida, Víctor la esperaba con una gran sonrisa en su rostro, y unos ojos que llevaban años sin conocer el brillo que ahora volvían a tener. Víctor se acercó a ella, ofreciéndole su mano con una solemnidad que habría parecido ridícula de no ser por la sinceridad con la que sonreía.

—Te ves hermosa —Le sonrió, mientras sentía su rostro enrojecer— ¿Me concederías tu mano?

Ella bajó su mirada para observar el gesto de Víctor, y aceptó darle la mano de vuelta. Al hacer esto, levantó la mirada, sonriéndole de vuelta.

Víctor la acercó a él, deseando su cercanía con la que viviría para siempre. Posó su mano sobre el rostro con el que ahora estaba familiarizado, y la sonrisa de la mujer

frente a él le dio una respuesta para proseguir y levantar por primera vez el velo blanco que siempre usaba.

Por primera vez, pudo divisar unos ojos. La compresión lo golpeó.

Ya había vivido ese momento. Recordó las luces, las flores que habían adornado el camino, pero sobre todo, la recordó a ella caminando hacía el altar. Era igual a quién estaba delante de Víctor, llevaba el mismo vestido, el mismo velo, la misma forma de recogerse el cabello para qué el velo quedará bien asentado, pero viendo su rostro, viendo sus ojos…

Se parecía a la mujer que amaba, pero no era ella. Sabía que esos no eran los ojos que él amaba, pero tampoco podía recordar aquellos.

Víctor la soltó inmediatamente al caer en sus rodillas, rompiendo el llanto.

—No puedo recordar…—Sollozó, tapando su propio rostro con sus manos— ¡No puedo recordarla y nada la traerá de vuelta!

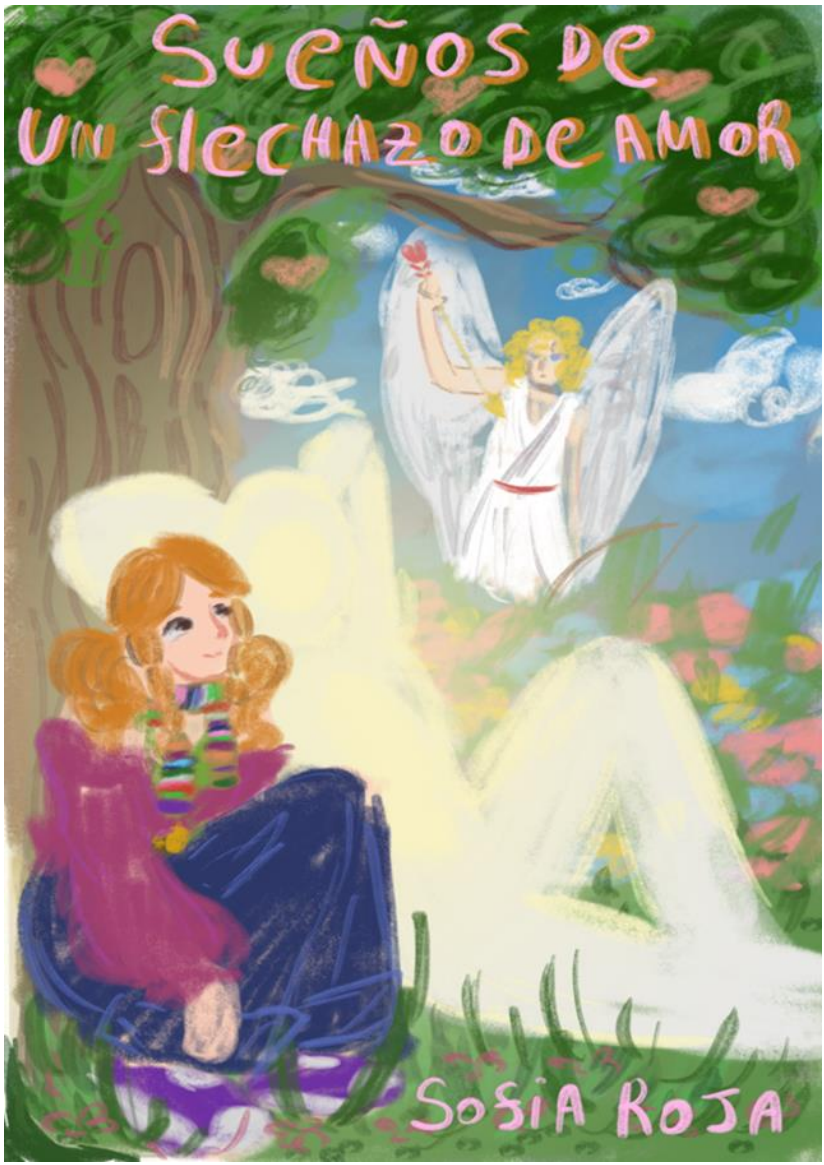
Víctor lloró, lloró y lloró. Sin embargo, cuando sus manos soltaron su rostro, desde el suelo, vio el vestido. Ella seguía ahí, sonriéndole con la misma sonrisa de la mujer que no podía recordar su nombre.

—No sé quién eres.

Habló mientras se agarraba de la tela del vestido con fuerza, con miedo de qué su duelo no fuera lo suficientemente fuerte para mantenerla con él, sin qué ella desapareciera.

—Pero por favor, quédate conmigo para siempre.

# ♡Sueños de un flechazo de amor♡



# BIOGRAFÍA



Sofia Rojas nació un 20 de agosto de 2008, teniendo 18 años para cuando se publicó este libro. Nació y creció en Los Andes, formando parte de la comunidad Sun Valley desde los 4 años (Playgroup Mayor). Desde muy niña es una gran fan de las artes. Ama dibujar y leer, con gustos hacia la fantasía y la ciencia ficción. Además de crear sus propias historias desde chica. Sus padres, Carolina Barria y Elesban Rojas, apoyaron y fomentaron desde el inicio las habilidades de su hija, guiándola e instruyéndola para que hiciera lo que le gustara.

La estudiante forma parte de grupos donde se escriben historias y se comparten proyectos con los otros. Ella combina el dibujo y la escritura para darle vida a los mundos que crea. Desde 8vo básico, Sofia fue parte de la academia de teatro “Arlequín” de su colegio, dirigida por Miss Alejandra Díaz, y participó en diferentes obras hasta 2do medio. Desde entonces su amor por el teatro y las artes no han parado, y sigue compartiendo sus creaciones

♡PRÓLOGO♡

Abre telón

[La entrada de un edificio. La fachada es de una oficina de correos. El interior es pulcro, con pisos de mármol y paredes rosas, la iluminación de los candelabros hace de la fachada un ambiente cálido. Por las ventanas se ve un mundo cubierto de nubes, un cielo azul y edificios. Una ciudad en el cielo. Gente va y viene de los pasillos. Hay personas de todo tipo, unas uniformadas de cartero, otras de traje, y las demás en túnicas blancas con cuerdas amarradas a la cintura y sandalias doradas. Algunas de estas últimas cargan con arco y carcajs con flechas. Todas estas personas tienen la característica de portar alas de plumas blancas que varían en tamaño. Una mujer joven vestida de secretaria estaba en un escritorio justo al centro de la habitación. Tenía pelo largo, envuelto en un pañuelo, uñas pintadas y alas pequeñas. La mujer escribía en un computador con rapidez, hasta que el teléfono de cable que tiene al lado comenzó a sonar. La secretaria dejó de escribir para atender, jugando con el cordón del teléfono mientras atendía.]

Secretaria: asociación celestial de Cupido, ¿en qué le puedo ayudar?...Ah! Barbara! Tanto tiempo. Amiga, tú sabes que no puedes llamarme cuando estoy trabajando. Me meterás en problemas...¿tu primo?, ¿cuál?... ah, Samuel. Se graduó hace poco de la escuela de especialización, ¿verdad? ...¿formación de que?...Ah!, ¿de cupido? Y me llamas para ver si puede conseguir una vacante acá...déjame ver [teclea en su computadora] veamos...¿experiencia previa? Solo practicas...¿algún título extra? No...será difícil volverse arquero inmediatamente, pero si sus notas son tan buenas y gana experiencia, pasará de repartidor a arquero en poco tiempo. Si es que repartir cartas y paquetes en este mundo no le agrada, por supuesto. El mundo humano es duro, ¿sabes?...¡Ay amiga! Por supuesto que no podrá sin experiencia, ¿sabes lo que pasa si no se cumplen los plazos a tiempo? ¡No te pagan!, ¡Y los humanos se quedan solos! ¡Da pena verlos! Pero claro, a veces rotan varios

arqueros si eso pasa. Aquí nos aseguramos que todos los humanos tengan la oportunidad de amar, aunque las flechas no siempre sean permanentes...veré si puedo ayudarlo en eso. Tengo que trabajar. Hoy hay una visita…nada importante. Otro colegio. bueno, chau [cuelga el teléfono].

[Entra un grupo de personal al edificio. Un curso completo de unos 20 niños de unos 7 años y una profesora, acompañados de un cartero. La secretaria suspira, resignada a tener que trabajar con más ruido de lo usual]

Secretaria: niños…

Cartero: y esta es la entrada

Profesora: muy bien, niños. Ya estamos aquí. Pórtense bien o volverán al bus

[Los niños se empujaban entre sí, mirando alrededor y siguiendo al cartero]

Niño 1: quiero ver las cartas

Niña 1: yo a los otros carteros

Niño 2: ¡Quiero ver a los cupidos!

Cartero: bien niños. Tranquilos. Van a ver todo lo que quieran. Solo síganme.

[Detrás de todo, un niño más entra al edificio. Rafael. Era bajito, de pelo rubio rizado y ojos azules. Sus alas aún eran muy pequeñas para poder volar. Estaba abrazando un arco y flecha de juguete y caminaba apurado para no quedarse atrás.]

Profesora: ¡Rafael! Ahí estás. No te ví con el grupo y me asusté

Rafael Niño: perdón, miss

Profesora: Está bien. Ve con tus compañeritos, que les harán un tour por el lugar

Rafael: no entiendo que tienen que ver los carteros con cupido. No son lo mismo

Profesora: bueno, en realidad es muy simple. Los carteros entregan cartas y paquetes. Y mucho de lo que se manda son justamente cartas de amor. Eso y este lugar está muy cerca de una de las muchas rutas hacia el mundo de los humanos

Rafael niño: y por qué tenemos que ir al mundo de los humanos

Profesora: pues…

Secretaria: para mantenerlo en paz, tesoro

Profesora: eh, disculpe. No me di cuenta que estaba escuchando

Secretaria: estás al lado mío, corazón. Por supuesto que te estaba escuchando [mira al niño] mira, niño. Nosotros somos seres celestiales, y debajo nuestro viven los mortales. Nosotros aparte de vivir en el cielo, tenemos la capacidad de viajar al mundo de los humanos para brindarles cosas buenas y mantener su mundo en orden. Por ejemplo, los cupidos le dan la oportunidad a los mortales de enamorarse de otros y ser felices, pero también hay otros departamentos como el de clima, del ciclo de la vida, de los sueños y esperanzas. Y así. Piensa en eso como si fuera una casa de muñecas. Nosotros no la creamos ni dejará de existir si la dejamos de lado, pero cuando la usamos pasan cosas muy bonitas. Eso hacemos nosotros. Y en realidad no hay una razón. Vamos porque queremos. ¿Entiendes? Tu cabecita debería tener suficiente espacio para poder entender algo tan simple.

Rafael niño: aja

Profesora: bueno [toma al niño de la mano] Vamos con los otros, que ya nos estamos atrasando

[Rafael sigue a la profe, soltándose del agarre para ir solo hacia donde se supone que estaban sus compañeros. La profe desaparece por el pasillo. desde ese mismo sale un hombre. Era alto, de pelo desordenado y ojos oscuros. Estaba vestido con una túnica blanca y un cordón rojo alrededor de la cintura. En la espalda llevaba un carcaj con flechas y un arco. Rafael no lo ve primero y choca con el]

Rafael niño: ah!

Paul: ¡hey! Ten más cuidado niño.

Rafael niño: perdón

Paul: estás perdido?

Rafael: no. ¿Eres cupido?

Paul: si, soy un arquero.

Rafael niño: y que haces?

Paul: hago a los humanos amar

Rafael niño: los humanos no aman?

Paul: bueno, si. Los humanos sienten. Lo que los arqueros hacen es darles algo de ayuda. Nosotros no controlamos su mundo, solo lo hacemos menos triste.

Rafael niño: [apunta al arco] con eso?

Paul: si. Las uso en el mundo humano

Secretaria: ¿cómo lo aguantas? Yo no respondería tantas preguntas si fuera tu. Se puede acostumbrar

Paul: oye, no seas así. Es un niño

Secretaria: yo solo digo. Este no es un lugar para niños.

[Paul se le queda mirando, visiblemente molesto. Luego mira al niño con una sonrisa]

Paul: oye, ¿quieres ver como disparo?

Rafael niño: si!

Paul: no grites. Nos va a oír

[Rafael se tapa la boca y asiente. Paul agarra una de las flechas de su carcaj, cargándola en el arco.]

Paul: tienes que estirar el brazo para que se tense. Solo tienes que apuntar y…¡disparar!

[La flecha sale disparada, clavándose en la pared justo arriba de la secretaria. La punta pasó a llevar su pañuelo, provocando que la mujer se vaya para atrás]

Secretaria: pero que?! ¡Maldito arquero! ¡¿Cual es tu problema?!

Paul: perdón! Solo le estaba enseñando al niño como- Niño, que estas haciendo?

[Rafael estaba apuntando su arco de juguete. Imitando la acción de el hombre. El niño disparó, la flecha de juguete sale volando, aterrizando en la cabeza de la mujer que aún trataba de sacar su pañuelo de la pared]

Secretaria: h! ¡Llamen a alguien! Ese niño esta loco!

Paul: wow, niño. Tienes talento natural. Que buena puntería. [Se acuclilla, quedando a la altura del niño] Oye, ¿cómo te llamas?

Rafael niño: Rafael, ¿y usted?

Paul: yo soy Paul. Y como arquero, yo digo que serás uno muy bueno

Rafael: ¿y para qué sirve ser un arquero?

Paul: mira. Yo creo que lo mejor que podrás aprender en tu vida es que…hay que amar, y hay que ser amado. Todos merecen tener esa oportunidad

Rafael niño: amar? ¿Cómo tener novia?

Paul: no necesariamente. Amar es algo de humanidad, de sentir que algo te importa. Mi trabajo es dar esa oportunidad de sentir a los humanos para que amen. Su mundo no es como el nuestro. Están rodeados por la desgracia y el odio. Y la mejor cura para el odio es el amor.

[Entra el cartero con los otros niños, viendo la escena. Los niños se ríen y el cartero va a socorrer a la secretaria. La profesora entra]

Profesora: ¡Rafael! ¡Será mejor que me des una buena explicación de esto!

Rafael niño: Quiero ser arquero

Cierre telón

♡ACTO 1♡

Abre telón

♡(ESCENA 1)♡

[Una sala de descanso de ese mismo edificio. En la puerta cuelga un cartel que dice: “zona de cupidos. La sala parecía un living de cualquier sala, con la particularidad de las numerosas pilas de papeles cubriendo el espacio y los archiveros en las paredes. La sala mostraba actividad pasada que aún no se limpiaba. Un Rafael ya adulto estaba parado contra un archivero. Era alto, con un cuerpo más bien andrógino, con cabello rubio rizado y ojos azules. Vestía una túnica blanca con un cordón rojo amarrado a la cintura. Sus alas eran de un tamaño mediano con largas plumas blancas ordenadas en fila. El chico tenía una carpeta en manos, leyendo su interior. En la sala vacía solo se escuchaba el sonido del pasar de las páginas y los murmullos del joven. Un hombre de mediana edad entra con una taza de café. Es Paul. Es algo más bajo que Rafael ahora, con cabello ondulado amarrado en una cola de caballo. Lleva uniforme de aviador, con pantalones y chaqueta rojos, botas y un gorro con gafas]

Paul: buenos días

Rafael: hola, jefe

Paul: veo que ya te pasaron el caso.

Rafael: y ya veo el desastre que es

Paul: Te lo asignaron porque eres confiable

Rafael: dos cupidos y ni uno dio con el blanco. El archivo si brilló, ¿verdad?

Paul: si. Ya es su hora. Hay candidatos para ella

Rafael: ¿y están identificados?

Paul: se supone que si. Van a brillar cuando estén cerca. Pero sigue siendo algo muy ambiguo. Tu instinto lo decidirá

Rafael: por algo hay muchos casos que reciben más de un flechazo

Paul: purs en este no se ha podido atinar ni uno

Rafael: Sus papás deben amar leer.

Paul: ¿por qué lo asumes?

Rafael: se llama Titania

Paul: Titania…y supongo que has pensado estrategias para que sirva el flechazo

Rafael: tiene rutina y una vida social decente. Puedo hacerlo.

Paul: y debes. Pero te van a dar más flechas. Es un caso más difícil de lo que crees. No es a lo que estás acostumbrado. Aparte, es verano en su área. Su rutina puede que ya no sea como la que pone en el archivo. Tendrás que seguirla a donde vaya.

Rafael: no se ve tan difícil. No entiendo como no pudieron los otros. Los humanos no son tan escurridizos. Ni siquiera nos pueden ver. Tenemos toda la ventaja.

Paul: eso lo dices porque no hay caso que no puedas cumplir. Yo solo te digo lo que los arqueros pasados reportaron del caso.

Rafael: Claro. Igualmente más flechas no estaría mal. Podré quedármelas para mi siguiente trabajo

Paul: Así no funciona. Y lo sabes

Rafael: Si, si. ahorro de plata, tanto para la empresa como para los pobres que recién empiezan. Yo ya pasé por eso. Aparte de pagar la luz, el agua, el gas y salir del DICOM, tenía que pagar por flechas si no alcanzaba con las que me daban.

Paul: y probablemente te pase lo mismo de nuevo con este caso.

[Por la puerta entra una cartera, lleva un bolso de cuero en lugar de un carrito]

Rafael: no seas pesimista. Lo tengo controlado.

Cartera: [abre el bolso y extiende un sobre dorado hacia Paúl] correo para Paúl Stratt

Paul: gracias, Millie

Cartera: buen día [sale]

Rafael: es raro que manden sobres de ese color

Paul: por algo soy el jefe de este departamento. Siempre mandan estas cuando hay reuniones. Al nuevo dueño le gustan las excentricidades

Rafael: ya veo

Paul: ¿tú no te tienes que ir? El tiempo corre

Rafael: [se levanta] ya voy. Solo quería revisar el caso con tranquilidad. Abajo hay mucho ruido

Paul: [lo golpea con el sobre] ya vete

Rafael: ya!

[El chico sale, dejando atrás al hombre quien ya estaba abriendo el sobre]

♡(ESCENA 2)♡

[Una ciudad del mundo humano. Era un día soleado de verano. Hora punto, muchas personas pasaban por la calle. Entremedio de la multitud entra Titania. era una chica de unos 17 años. Tenía el cabello pelirrojo amarrado en dos coletas bajas y dos  trenzas al frente. Usaba ropa colorida. Entre estas: un cinturón con hebilla de escarabajo y una bufanda delgada a rayas de colores que ondeaba mientras corría. Cargaba una bolsa estirada de supermercado llena de cosas. Corre hacia una plaza donde un grupo de otros jóvenes la esperan en una banca. Amanda, de 17 años y vestía ropa deportiva y sudada, Lidia de 16 años y vestía una jardinera y botas llenas de tierra, y su hermano Hernán de 18 que vestía una polera de comics y unos shorts. Tenían mochilas y compartían bebidas.]

Titania: llegue!

Hernán: no te tenías que apurar [le da una botella]

Lidia: acabamos de llegar

Amanda: ¿Qué traes?

Titania: [abre la bolsa, revelando bolsas de snacks salados y dulces, y un disco duro] ¿saben lo que me costó encontrar esto a un buen preció? Estas cosas son caras

Lidia: si sirve. Es lo último que necesitamos para hoy

Hernán: por fin vamos a guardar todas esa películas descargadas de internet

Amanda: ya podremos hacer noches de cine sin preocuparnos por troyanos

Titania: Oigan, ¿y Nora?

Lidia: ya va a llegar. A esta hora ya debió salir del preuniversitario

[Mientras el grupo habla, Rafael mira desde arriba de un árbol. Arco en mano y flechas en la espalda en su carcaj de cuero]

Rafael: ya la veo. Solo debo saber a quién hacer que dirija la mirada. Aún no veo candidatos.

[Entre la gente que iba pasando, apareció un chico que empezó a brillar, claramente de la edad de la pelirroja. Era lindo, hegemónicamente atractivo]

Rafael: y ahí lo tienes [saca una flecha del carcaj y la posiciona en el arco] ¿no que muy difícil, Paúl? Esto es pan comido. Y con una flecha. Voy a volver antes a casa.

[Apunta la flecha, esperando a que aquel chico pase justo en frente de la banca. Se queda un momento quieto Y luego: Dispara, directamente hacia Titania. Iba a alcanzarla. O eso creía. De la nada aparece una nueva figura. Nora, de 17 años. Vestía unos shorts y una polera con rayas.]

Nora: ¡Hola!

[Nora cruza por detrás de la banca hasta el frente, quedando justo al lado de Titania. La flecha le da, atravesando su espalda como si fuera invisible, generando una aureola brillante rosa. Nora ve al chico que pasa en frente de ella y se queda embobada]

Rafael: ¿que?, ¿como?, ¿De donde salió ella?

Nora: wow, que lindo es

Hernán: ¿qué cosa?

Nora: el chico que pasó. Es muy lindó

Rafael: Esto no puede ser. nunca me ha pasado antes. Es…¿qué fue eso?

Titania: entonces háblale. Puede que no lo vuelvas a ver

Nora: es que no sé. Tenemos que ir a la casa del Hernán

Rafael: que desperdicio. Esa flecha no durará.

Hernán: no te preocupes. Hoy solo pondremos las películas en el disco duro. Aparte es cierto que quizás no lo vuelvas a ver. Vale la pena intentar

Nora: [duda un momento] está bien. Voy a ir

Amanda: Eso, mujer. Ya era hora luego de lo del imbécil de tu ex

Lidia: Amanda, No era necesario eso. no te apures, Nora. Solo ve. Pídele su numero al menos.

Nora: ok. Lo haré.

[La joven sale a perseguir al chico, mientras Rafael mira con resignación]

Rafael: no, no va a durar

♡(ESCENA 3)♡

[En otro sector de la ciudad. Un condominio. Ya habían pasado unas horas y estaba empezando a oscurecer. Las luces de la calle aún no se prendían. Rafael estaba sentado en un techo, contando sus flechas y leyendo el interior de la carpeta]

Rafael: ok. Me quedan 9 flechas. Eso es prácticamente el doble de lo que me dan siempre. Eso…eso fue casualidad, un caso aislado. Tengo una semana para hacer esto. Es tiempo de sobra. Solo tengo que darle a la niña cuando esté cerca de un candidato apropiado para que se enamore. No es difícil. Pude con casos más complicados. Este es un espacio abierto y aún pasa gente. Tú puedes, Rafael.

[A la distancia aparece Titania, caminando hacia su casa. Estaba visiblemente cansada, con una expresión de molestia. Se murmuraba para sí misma]

Titania: Dios, ¿por qué tenía que estar ella ahí? No me deja tranquila. Maldita sea, abuela. Por eso no me interesa la idea de tener novio, Porque no paras de hablar de eso

Rafael: ah! Ahí viene [agarra otra flecha y la coloca en el arco, viendo fijamente a sus alrededores. Aparte de una pareja de ancianos caminando en frente de ella, Una chica joven camina por el otro lado de la calle en dirección opuesta comienza a brillar. También se ve como una buena candidata]

Rafael: perfecto. Esta vez no voy a fallar [apunta hacia la pelirroja y dispara. La flecha la iba a atravesar, hasta que la señora en frente de ella se cayó. La joven vio eso y corrió a socorrerla. La flecha acabó atravesando el cemento, y la chica de enfrente solo se fue]

Titania: ¡Señora! ¿Se encuentra bien?

Rafael: ¡No! ¡No otra vez!

Señor: [tratando de levantar a su pareja] Amor! ¿Qué te pasó?

Señora: [trata de levantarse] me doblé el pie. Este piso está lleno de hoyos

Titania: [ayuda al señor a levantar a su mujer] debe tener más cuidado. ¿Le duele algo?, ¿quiere que los acompañe?

Rafael: esto fue otra coincidencia. Tiene que serlo

♡(ESCENA 4)♡

[Es otro día en la ciudad. Rafael se ve cansado, como si no hubiera dormido. Desde el cielo observaba a la pelirroja, siguiéndola por las calles con su arco cargado]

Rafael: la tercera es la vencida. No puedo fallar ahora

[Titania caminaba por la calle con audífonos, moviendo la cabeza y tarareando mientras avanzaba. Frente a ello pasa un chico que va a entrar a una tienda. Rafael apunta y dispara]

Titania: Oh! Perritos! [Se agacha en el escaparate de una tienda de mascotas. La flecha pasa de largo, atravesando el pecho de un hombre sentado en una mesa de afuera de una cafetería que se acabó enamorando de la mujer que tenía sentada enfrente de él]

Rafael: ¡tiene que ser una broma! ¿Qué tiene esa chica? ¿Sentido arácnido?, ¿Ultra Instinto? [Se arrodilla, tirándose el pelo] ¿Cómo es que no le doy?  Paul de verdad tenía razón…¿qué hago ahora?

Cierre telón

♡ACTO 2♡

Abre telón

♡(ESCENA 1)♡

[Volvemos al condominio. Rafael estaba sentado en el techo de la casa de Titania. Luce demacrado físicamente, con ojeras y pelo descuidado. Agarraba la carpeta con manos temblorosas, apretándola. Estaba arrugada por las tantas veces que la abrió, cerró y apretó de frustración. Titania estaba abajo, en el patio delantero de la casa con sus amigos, hablando y pasando el rato]

Rafael: 4 flechas, y aún no puedo. Primero alguien se cruza, luego una señora se cae, después se aleja para ver unos perros. Y luego más de lo mismo. Cada que parece que voy a darle, pasa algo y se aleja. No entiendo cómo funciona esa lógica, y no me gusta. Me quedan 5 días y por cómo va el asunto, voy a tener que gastar plata en nuevas flechas.

Titania: entonces, Nora. Si pudiste hablar con el chico. Eso ya es un hecho.

Nora: si, lo invité a salir. y aceptó

Lidia: que bien. Por cierto, hoy con Amanda nos encontramos con el auto de tu ex. Lo cubrimos en Alusa Plast y lo rayamos con aerosol

Amanda: no nos podrá denunciar

Nora: ¿qué hicieron qué? Eso suena algo excesivo. No necesitan hacer esas cosas

Hernán: mujer, te trataba como un perro con correa. No te dejaba hacer nada. Aparte te engañó con una tipa de su gimnasio. No lo defiendas.

Rafael: quien sea que haya causado ese flechazo se tiene que estar retorciendo. Con razón este mundo está lleno de desgracias. Que difícil es elegir candidatos. Solo tenemos el físico. Si supiéramos que hay adentro…

Nora: no lo defiendo. Yo la pasé mal con él y entiendo que estén enojados, pero creo que es mejor dejar eso atrás. Pueden meterse en problemas si siguen haciendo cosas así y no quiero eso. Solo quiero seguir adelante

Titania: y lo estás haciendo. Vas a salir con alguien nuevo luego de medio año

Lidia: supongo que ya no vamos a hablar de nuevo de él.

Amanda: si. Estamos felices por tí. Mereces seguir adelante

Rafael: [suspira] claro, todos merecen amar y ser amados. El tema es que la desgraciada no me deja hacerlo...[deja la carpeta a un lado, apretándose el puente de la nariz con frustración] Estoy cansado.

Nora: gracias. Se que solo se preocupan por mi

Lidia: las relaciones son complicadas. No solo importa querer a alguien. Implica dar tiempo,

y conocer a la otra persona.

Amanda: creo que no se necesita estar en una relación romántica para entender eso. Todas las relaciones son así de una forma u otra

Titania: parece complicado mantener una relación romántica. No a todo el mundo le interesan esas cosas

Rafael: tu archivo brillo! Por supuesto que te interesa. Los humanos son demasiado complicados. Solo dejen que pase. El amor no debería ser una responsabilidad. ¿Sabes qué? Me voy. Tengo que buscar consejo [agarra sus cosas y sale volando de vuelta al cielo] por favor. Ahora si necesito ayuda.

♡(ESCENA 2)♡

[se muestra la sala de descanso para cupidos. Ahora está limpia. Paul estaba sentado en el sillón, leyendo un libro mientras tomaba un café. Rafael entra. Se veía cansado, casi enfermo. Con ojeras y las mejillas coloradas. Su pelo estaba desordenado y sus alas esponjadas. Dejó la carpeta en la mesa antes de ponerse de espaldas contra la pared]

Paul: te ves como si te hubieran atropellado.

Rafael: si, me atropelló la desgracia. Es humanamente imposible lo que pasa con tu reina de las hadas

Paul: te lo dije, Rey Oberón

Rafael: jaja, que chistoso. Me quedan la mitad de flechas y solo han pasado dos días. Cada que le disparó, algo pasa y la flecha se desvía.

Paul: y arrugaste la única copia física que había. No te voy a dar la original

Rafael: ya no me retes, estoy harto. No puedo con esto

Paull: ¿y si te acercas más? No creo que te vea

Rafael: porque los humanos no pueden vernos. si es que no la toco por accidente. Ahí la cosa se pone fea. Los humanos no entienden lo desconocido. Se va a asustar

Paul: siempre y cuando tengas cuidado

Rafael: ya no sé como tener cuidado [colapsa en el sillón, cubriéndose la cara]

Paul: ya, tranquilízate, campeón. Tu puedes con esto

Rafael: los humanos son demasiado complicados. Ven el amor como algo de lo que responsabilizarse en vez de algo que los hace felices. Y hay unos que ni siquiera tratan bien a los que deben ser buenos para ellos. Me estaría desmoronando si no lo tuviera a usted. bueno que está aquí. Usted Siempre está aquí

[Paul se tensa, incómodo. Miraba de reojo al chico, tratando de ocultar su pena]

Paul: siéntate, te tengo que contar algo

Rafael: que?

Paul: La carta que me llegó, era algo más que una reunión

Rafael: ¿va a cambiar algo con los líderes de escuadrón?

Paul: solo me llamaron a mi.

Rafael: y eso no es bueno

Paul: no, no es algo malo. Yo ya llevo muchos años aquí, y el jefe me quiere ascender a supervisor.

Rafael: de verdad? ¡Pues felicidades, jefe! Se lo merece. Wow, Más arriba que los experimentados. Vigilar a los escuadrones desde afuera. Eso debe ser un honor.

Paul: si, solo que significa que ya no voy a ser jefe de este escuadrón. Tengo que buscar un reemplazo. Ya no voy a verte a tí o a tus compañeros.

Rafael: ya veo. ¿Y eso será pronto?

Paul: más o menos. Aún tengo un par de años antes de eso

Rafael: pero te avisaron ahora

Paul: ya te he dicho que el dueño es excéntrico. Supongo que quería darme la noticia con tiempo. Eso y aún no se retira el supervisor. Me darán el cargo cuando lo haga.

Rafael: entiendo, aún tiene tiempo. Pero, ¿por qué me cuenta esto? Pudo esperar a que su jefe se retirara y contarnos a todos. ¿Por qué me cuenta tan pronto?

Paul:...tenía pensado escogerte a tí para reemplazarme

Rafael: que? Yo?

Paul: no te hagas el sorprendido. Eres el mejor del grupo. Incluso si ahora estás preocupado, lo vas a resolver. Eres en quien más confío

Rafael: gracias, jefe. De verdad

Paul: si quieres un consejo, podrías empezar por dejar de imaginarte esto como un trabajo. Míralo como una nueva forma de ver el mundo. Si es físicamente imposible dar un flechazo, descubre que es lo que necesitas hacer con esa chica. Hay casos donde los humanos están listos para amar, pero aún están dudosos. Por eso son tan complicados. Sus cabezas están tan llenas de preocupaciones que todo es complicado. Es como un nudo que debes desenredar para entenderlo [Se levanta del sillón, yendo hacia la puerta] Igualmente, creo que voy a revisar el archivo del caso. Porque también es posible que ni siquiera haya brillado, pudo estar cerca de uno que sí brilló y se confundieron.

Rafael: sí jefe, gracias jefe.

Paul: y no te desesperes, rey Oberón. En algún momento podrás darle el jugo de amor. No por enojo, sino por que quieres hacerla feliz [sale]

[Rafael se queda sentado unos momentos antes de pararse, sacudir sus alas y salir]

♡(ESCENA 3)♡

[La habitación de Titania. Tenía una gran ventana abierta al costado de la cama por donde entraba la luz natural de la tarde. Afuera estaba el patio trasero donde había un jardín bien cuidado con flores de muchos colores, un roble que daba sombra a un tercio del patio y un comedero de aves.. La luz del techo estaba apagada, en cambio había una lámpara en el velador que daba luz cálida a la habitación. El estilo es maximalista y colorido. Las paredes son azules, con posters de películas de fantasía, había repisas en la paredes con libros, juegos de mesa, figuras y demás. Sobre el escritorio había una maqueta de una torre medieval a medio hacer y los materiales al lado. Es como la habitación de un mago el cual guarda todos sus tesoros y recuerdos donde sean visibles. Titania estaba sentada en el suelo, espalda contra el costado de su cama, tenía un croquis en las manos donde estaba dibujando. Rafael aparece por la ventana, esta vez sin arco ni carcaj. entra cuidadosamente y tratando de no botar nada. Sus alas estaban retraídas y su postura era tensa]

Rafael: bien, eso fue fácil. ¿Ahora que hago?

[Camina alrededor, revisando la pieza sin tocar nada ni acercarse mucho a la pelirroja]

Rafael: ni siquiera entiendo qué hago aquí. No sé qué buscar

[Se sienta al lado de ella a varios centímetros de distancia. Miraba de reojo lo que dibujaba antes de posar su cabeza sobre sus rodillas]

Rafael: lista para amar, pero dudosa de hacerlo. Claro, no es como si pudiéramos controlar todo lo que sienten. No sabemos lo que hay dentro de sus cabezas. Pero así funciona, no saben de quién se van a enamorar hasta que lo hacen. Yo solo hago mi trabajo y luego están por su cuenta. Pero parece que no es suficiente para que amen…¿que hago hablando solo? Tengo que trabajar

[Suena un teléfono. Titania se levanta del piso y va hacia su escritorio donde lo había dejado cargando. Contesta]

Titania: Alo…hola, Amanda. ¿Cómo estás?...yo pensé que estabas en entrenamiento…No sé dónde está Lidia. Se supone que me iba a ayudar a cuidar las flores de mi mamá hoy…ya veo. Voy a llamarla luego. Puede venir otro día…

Rafael: entonces será una tarde larga. Dudo que salga

Titania: [se sienta en la cama] si, yo tampoco estoy haciendo nada…si. Pasó algo en la casa de Hernán…si viste que mi abuela estaba ahí. Es amiga de su abuela, que también estaba en la casa cuando llegamos…mira, pasa que yo fui a buscar agua y me la encontré en la cocina…me empezó a hablar de su tontera de nuevo, de que el nieto de una amiga, que era perfecto para mi, que iba a organizar una comida para conocerlo. Lo de siempre

Rafael: [levanta la cabeza] ¿alguien se interesó en ella? Eso sí es una oportunidad

Titania: pues claro que le dije que no…se ofendió, como siempre. Parece que no entiende que a mi no me interesa tener pareja aún

Rafael: niña, por algo tu archivo brilló. Estás lista y lo tienes que aceptar. Además tu no sabes si estás interesada o no en algo si no lo intentas

Titania: entiendo que no sabré si no lo intento. El problema no es ese

Rafael: ¡¿Entonces qué Mierda te pasa?! ¡Llevo días tratando de hacer que te llegue un flechazo! No se cual es tu problema con esquivar todos mis intentos!

Titania: el problema es que me sigue insistiendo. Me habla como si fuera mi obligación tener novio. Y encima me dice que se lo tengo que agradecer, disque porque a este paso ningún hombre va a quererme. No entiendo de qué habla esa mujer. Y no me importa si sus tiempos eran otros. Estos no son sus tiempos…podría querer una relación en un futuro, pero no ahora. No me siento lista.

Rafael: no existe eso de “no sentirse listo”. Uno no está listo para nada. Solo-...¿qué quieres? Nunca voy a terminar mi trabajo si no sé qué hacer para que esto funcione. Acabo de gastar plata de mi sueldo en más flechas que sé que no te darán si no descubro cómo usarlas. ¿Qué quieres?

Titania:...yo solo quiero ir a mi ritmo, que no me apuren ni me presionen…si, si se que no debo hacerle caso, pero es frustrante. Es la única persona que insiste con lo mismo, pero me afecta. Yo lo único que quiero y hago es: esperar. Esperar a poder conocer a alguien y enamorarme porque quiero amar, no porque me impongan que es hora de que lo haga…si, Amanda, gracias. Perdón si me desahogo así contigo. Ya sé lo que tengo que hacer…¿la maqueta? La estoy terminando…me gustan los castillos, y la maqueta está hueca, puedo poner cosas adentro…la verdad si me gusta esa carrera…si, si: "soy un maldito arquitecto". Esa película la pusimos en el disco duro…Si, vi a Lidia traspasándola desde el compu…¿que?, ¿te tienes que ir? Claro…chao [cuelga]

[En todo ese rato, Rafael estuvo callado y no trató de decir nada más. Estaba sorprendido, en un duelo interno. Como si apenas ahora se haya dado cuenta de lo que significaban esas palabras]

Rafael: está hablando en serio. Pero, ¿cómo? Si su archivo brilló. Eso significa que está lista. Había candidatos. Paúl dijo que era posible que no. quizás si es por eso que nadie pudo darle el flechazo. Ni siquiera está lista aunque hayan candidatos…tengo que volver.

[Rafael iba a salir por la ventana, pero Titania se levanta de nuevo para agarrar algo del escritorio, haciendo que choquen y que el alado caiga al piso. Titania lo mira fijamente, en shock]

Rafael: bueno…eso fue todo

[Se cierra el telón mientras Titania empieza a gritar y Rafael trata de calmarla para que se calle]

Cierre telón

♡ACTO 3♡

Abre telón

♡(ESCENA 1)♡

[Aún el la habitación de Titania, varias horas después. Por la ventana se ve el cielo nocturno y las luces de afuera de la casa. Titania estaba sentada en su cama, abrazando una almohada y una regla de metal en la mano. En una esquina estaba Rafael, con las manos en alto, anonadado. Titania lo miraba fijamente, tratando de ocultar su miedo]

Titania: que eres?

Rafael: ya te lo he dicho. Soy cupido [Trata de acercarse, pero la pelirroja se sobresalta y le lanza un cojín de su cama]

Titania: Aléjate!

Rafael: tranquilízate! Dios, nunca me enseñaron qué hacer en estos casos

Titania: solo dime lo que quieres

Rafael: pero si ya te lo dije. Llevamos así como 3 horas

Titania: pues no te creo. No eres cupido

Rafael: bueno, técnicamente no soy cupido. Así se llama el escuadrón

Titania: hay más?

Rafael: por supuesto que sí. Si de verdad crees que hay solo un ser que hace que la gente se enamore, estás loca. Hay todo un mundo en el cielo con gente como yo que controla tu mundo

Titania: me estoy volviendo loca

Rafael: baja el arma

Titania: estoy alucinando

Rafael: no, soy real. Te puedo probar [corre hacia la ventana para sacar su arco y carcaj con flechas] ¿vez?

Titania: eso no prueba nada

[Rafael frunce el ceño. Apunta hacia afuera donde hay dos gatos peleando en el techo de la casa de enfrente. Agarra dos flechas a la vez, las carga en el arco para dispararlas hacia afuera. Las flechas atraviesan a los gatos formando una aureola rosa alrededor. Los gatos dejan de pelear y empiezan a maullar y restregarse las cabezas. Titania se queda mirando con la boca abierta, soltando la regla]

Rafael: ¿ya me crees?

Titania: [asiente]...¿podemos hablar de esto en la mañana?

Rafael: Claro. Me quedaré en tu techo [sale por la ventana y vuela hacia arriba]

Titania: esto tiene que ser un sueño

♡(ESCENA 2)♡

[La Calle de la ciudad. Era una mañana fresca y no pasaba tanta gente. Titania caminaba sin un rumbo fijo mientras Rafael volaba por encima suyo. Con una mano jugueteaba con su bufanda y con la otra cargaba su teléfono contra su oreja para que parezca que habla por teléfono]

Rafael: ¿por qué te pones el teléfono en la oreja?

Titania: precaución. Si voy por la calle y la gente caminando me ve hablando sola, van a pensar que estoy demente

Rafael: wow, ¿de verdad se preocupan tanto por lo que los demás piensan?

Titania: ¿en tu mundo la gente no habla sola?

Rafael: mientras no le hagas daño a nadie, no importa

Titania: entonces, déjame ver si entendí. Eres del cielo y donde trabajas es una oficina de correos, pero también hay tipos como tu a los que les pagan por hacer de cupido para los humanos. Tienen archivos de todas las personas vivas y cuando estos archivos brillan, significa qué ya están listas para que estén en una relación, y saben quienes son los candidatos para esa persona cuando empiezan a brillar cuando se acercan.

Rafael: exacto

Titania: se ve demasiado enredoso. ¿y entonces solo lanzan el flechazo pero no aseguran nada de si la relación va a funcionar?

Rafael: es complicado

Titania: tu trabajo no tiene sentido

Rafael: yo quiero que la gente tenga la oportunidad de que los humanos amen. El amor es algo que los hace felices

Titania: pero no aseguran nada.

Rafael: porque se complican demasiado la vida y parece que hasta ciertos candidatos no son los indicados. Míralo de esta forma, mientras más complicado se vuelve el mundo, menos sirven los métodos simples.

Titania: tu mundo es igual al mío. Eso significa que ustedes también son así

Rafael: en nuestro mundo no pensamos el por qué de todo y dejamos este tipo de cosas fluir.

Titania: aja, ¿a dónde vamos?

Rafael: voy a intentar algo [mira alrededor] solo sigue hablando

Titania: como explicas lo de Nora. Se supone que el chico era candidato mío, pero le diste a ella y hasta el momento no hay señales de que tengan una mala química

Rafael: las flechas no cambian su función incluso si el objetivo no era ella y ese no fuera su candidato. Quizás sí lo era, pero como no tengo el caso de ella, nunca lo hubiera sabido. Ahí hay uno

Titania: un que?

Rafael: ve a la esquina de la calle y quédate quieta [se va volando, teniendo una mejor vista del panorama. Cerca de donde estaba parada la pelirroja, una chica cruzó la calle y comenzó a brillar. Cargó su arco y apuntó hacia Titania. Está lo notó y empezó a mirar hacia los lados, temblando]

Titania: me va a disparar

Rafael: quédate quieta [dispara la flecha. Viajaba a toda velocidad, iba a atravesar, hasta que de repente un tipo en bicicleta pasó a toda velocidad en frente de ella. La flecha atravesó el meta]

Titania: Dios! [Se echa para atrás con una mano en el pecho, en shock. Rafael voló de vuelta a su lado] chico, ¿que fue eso?

Rafael: te presento: el panorama con el que me he encontrado cada que quiero flecharte. Tu candidata ya se fue

Titania: [le toma un momento recuperarse del susto. Lo mira lentamente]...quiero irme a casa

♡(ESCENA 3)♡

[El patio trasero de Titania. La pelirroja estaba acostada en el pasto, viendo las nubes. Rafael estaba a su lado viendo las flores]

Rafael: son muy lindas

Titania: gracias. Son de mi madre

Rafael: tu amiga Lidia te ayudará a cuidarlos mañana?

Titania: si [se sienta, aún mirando al cielo] oye, ¿por qué siempre dices que los humanos siempre nos complicamos la vida?

Rafael: amas hacer preguntas, niña. Me recuerdas a mi cuando era chico. Veamos, lo digo en el sentido del amor. Lo ven como si fuera una responsabilidad más, como pagar cuentas o una deuda. Pero ahora que lo pienso, mi mundo también es complicado, solo que en sentidos diferentes. O quizás no. Son iguales, pero desde mi perspectiva solo estaba frustrado porque por primera vez no he podido hacer mi trabajo. No me van a pagar

Titania: eres contradictorio

Rafael: creo que sí. Nuestros mundos son distintos desde que nacemos [arranca una flor pequeña y empieza a juguetear con ella] yo solo quería hacer felices a los humanos, pero no siempre podía pensar así porque esto es un empleo a fin de cuentas. Empecé como repartidor de correos. Aún no entiendo que tienen que ver el amor y el correo aunque me lo hayan dicho antes. Pero escalé rápido y me volví arquero principiante. Eso fue hace unos años, ya soy del escuadrón experimentado. Supongo que es por eso que me frustraba tanto contigo

Titania: no sé. Quizás tu jefe sí haya tenido razón y nunca estuve lista aún [arranca una flor también, poniéndosela detrás de la oreja] pero me gustó conocerte. Perdón por asustarme tanto cuando te conocí

Rafael: lo entiendo. Es razonable asustarte cuando de la nada hay un sujeto con alas donde antes no lo viste

Titania: Entonces, ¿no soy un caso?

Rafael: creo que nunca lo fuiste. No estás lista aún, y está bien. Supongo que no todo en esta vida es el amor. Y creo que entiendo por qué piensan tanto sobre eso. Hay que pensar sobre quién estará contigo y qué quieres de esa persona. Apresurar el amor te puede abrumar, en especial si te sientes obligado. Pero atrasarlo tampoco es bueno. Hay que experimentar nuevas cosas para saber qué es lo que quieres

Titania: ser un caso significa enamorarse, pero ser candidato es que se enamoren de ti. A Ninguno de los dos se les asegura que el amor prospere. Los dos deben quererlo, pero si uno no se siente listo, hay que respetarlo…¿he sido candidata?

Rafael: no lo sé. ¿Alguien se te ha declarado?

Titania: no, pero puede que alguien no haya tenido el valor de decírmelo

Rafael: nunca se me había ocurrido. Cupido solo se encarga del flechazo, no de saber si funciona

Titania: Aparte de que hay muchas formas de ver el amor. Lo tuyo es el amor romántico. A mi no me interesa eso, pero yo he amado y me han amado de vuelta

Rafael: todos merecen amar y ser amados de vuelta. No importa como. Yo también amo y hay gente que me ama. Hay gente que aprecio y con la que compartí mucho

Titania: estás dándole vueltas al asunto. Tu también eres complicado

Rafael: tienes razón. Eso me hace complicado, ¿verdad?

Titania: no, eso te hace humano. Y no hablo de mi especie

Rafael: humano? Eso explica mucho. No lo entiendo, pero sé que significa. Tu me importas, Titania, aunque no te conozca de mucho. Puede que no te vuelva a ver

Titania: tienes que volver

[Rafael mira hacia abajo, dejando salir un sollozo. Titania se acerca a él y lo abraza. Las alas del chico se cierran alrededor de ambos]

Rafael: te voy a extrañar

Titania: yo también. Y puede que no nos separemos para siempre. Volverás cuando sea mi hora de amar

[Rafael se suelta del abrazo y se para. Extendiendo sus alas y saliendo disparado hacia arriba. Titania lo despide agitando la mano, y finalmente desaparece entre las nubes]

♡(ESCENA 4)♡

[La sala de descanso de cupido. Estaba atardeciendo y desde la ventana entraba luz anaranjada. Rafael entra con sudor en la frente mientras ponía la carpeta en la mesa y se acostaba en el sillón. La puerta se abre y entra Paúl con una pila de papeles en las manos]

Paul: hola, campeón

Rafael: hola, jefe

Paul: te tengo malas noticias

Rafael: tu reina de las hadas aún no estaba lista

Paul: al parecer ya lo asumiste

Rafael: Era obvio, pero me confié. Eso significa que no me van a pagar

Paul: no, pero te devolverán la plata de las flechas extra que compraste. Lo mismo para los otros dos que intentaron antes

Rafael: gracias jefe

Paul: [se sienta en la esquina del sillón, poniendo los papeles en la mesa] ¿te encuentras bien?

Rafael: si. Solo estoy cansado [se sienta] oye, sobre la oferta…

Paul: ¿qué oferta?

Rafael: la de hacerme su reemplazo

Paul: ah! Esa oferta. Bueno, técnicamente aún no lo es porque aún no me ascienden. Pero dime, campeón

Rafael: bueno. Entonces, cuando usted me haga la oferta, voy a decir que si

Paul: ¿de verdad aceptas? Pues te adelanto mis felicidades. Serás un increíble jefe

Rafael: gracias, jefe. Gracias por todo. No sería quien soy si no fuera por usted

Paul: wow, ¿a qué viene todo eso? No me voy a morir

Rafael: no es nada, es solo que [se limpia un par de lágrimas y lo abraza] lo quiero mucho jefe. De verdad

Paul: [lo abraza de vuelta] yo también te quiero, campeón. Te quiero, hijo.

[Se quedan así un momento]

Rafael: jefe, me estuve preguntando el motivo de todo esto

Paul: yo le hice la misma pregunta al técnico que guardaba los archivos, y me respondió con un ejemplo en vez de realmente responderme: si naces como una abeja, vas a tener que extraer polen en algún momento. Pero incluso si aún eres joven para ser una abeja obrera, allá afuera habrán muchas flores. Con el tiempo algunas morirán y otras van a germinar, pero cuando finalmente seas una abeja obrera, va a haber muchas flores.

Rafael: vaya, creo que ese sujeto quería ser poeta en vez de trabajar aquí

Paul: te estás desviando del tema

Rafael: si entendí. Tiene sentido [se suelta del abrazo] siempre habrá candidatos para una persona, aunque no esté lista aún. Unos puede que dejen de serlo mientras crecen. Hasta podrían llegar a cambiar en medio de una relación y dejar de serlo, pero también van a llegar nuevos para reemplazar a los que ya no están. Lo que importa es cuando va a estar lista la persona del caso. Y cuando finalmente lo esté, van a haber candidatos. Y eso no lo determinamos nosotros. Lo determina el tiempo.

[Rafael se para, agarrando la carpeta arrugada del caso y yendo hacia los archiveros. Abre el cajón más cercano, mirando la carpeta una última vez antes de guardarla y cerrar el cajón]

Rafael: Nos veremos de nuevo algún día. Yo me encargaré de ella, jefe. Cuando esté lista.

Cierre telón

♡EPÍLOGO♡

Abre telón

[se muestra la plaza de la ciudad. Era otoño y el frío estaba empezando a sentirse. Titania, de unos 21 años, estaba sentada en una banca con un croquis, dibujando con regla en mano. Tenía el cabello suelto con sus dos trenzas pequeñas al frente. Usaba ropa colorida como siempre, con su bufanda de colores característica, pero también llevaba un polerón de universidad. Estaba muy concentrada en su dibujo para darse cuenta de la persona que la miraba desde un árbol. Rafael no había cambiado nada a excepción de una chaqueta y gorro de aviador rojos y gafas. Traía su arco y carcaj en la espalda]

Rafael: sí que has cambiado

Titania: [se sobresalta] Rafael? ¿Eres tú?

Rafael: [baja del árbol, parándose a su lado] el mismito de siempre

Titania: vaya, no cambiaste nada. A excepción de la chaqueta y el gorro

Rafael: esto? Es que me ascendieron hace poco. Ahora soy el jefe

Titania: en serio? ¡Felicidades!

Rafael: no te importa que la gente te vea hablando sola?

Titania: ¿por qué? No estoy haciéndole daño a alguien

Rafael: ahora pensamos igual

Titania: oye, ¿y qué haces aquí? Vienes armado

Rafael: tengo un trabajo

Titania: ¿acaso ya estoy lista para amar?

Rafael: [se pone rígido como un general] eso es confidencial. Soy líder de un escuadrón, ya no soy un cupido normal que recibe misiones. Ahora tengo que hacerme responsable de los perímetros para que mis pupilos se sientan seguros

Titania: entonces buena suerte. Yo también tengo mis responsabilidades de adulto ahora

Rafael: Claro. Entonces me voy. Fue un gusto verte de nuevo

Titania: el mío también [se despide con la mano. Pasa un rato en silencio, concentrándose en su trabajo. Cuando de pronto aparece un hombre, más o menos de su edad, que se acerca a ella

Hombre: hola, ¿me puedo sentar aquí?

Titania: claro [se hace a un lado] siéntate

[El hombre se sentó, abrió un computador de trabajo y empezó a teclear. De repente, se escucha el sonido de una flecha, la cual atravesó el cuerpo de Titania. Una aureola rosa apareció a su alrededor, y con una como en el corazón, mira a aquel hombre del cual se había enamorado. Al fondo, está Rafael, con una mano en el arco y la otra extendida hacia atrás donde debía haber una flecha. Sus alas se extienden mientras una sonrisa se forma de oreja a oreja en su cara]

Rafael: te tengo

**Cierre telón**

# Nunca pensé quererte tanto



# Simona Matilda Augusta Schnaidt Palacios

Nació el 20 de agosto del 2009 entro al colegio el año 2014, su primer paradero de muchos fue el colegio Claudio Gay, ahí salió a la luz su gran interés por el arte y la música. Le gusta mucho escuchar música, crear ideas y expresar su personalidad a través de diferentes formas de arte.

Actualmente es estudiante del colegio Sun Valley College y esta cursando 3er año de enseñanza media

Uno de sus principales intereses de muy chiquitita es la música y no puede vivir sin ella, le gusta tocar la guitarra, el piano y escuchar música todo el día.

Ella se considera una persona muy creativa,

curiosa y con muchas metas. uno de sus objetivos es continuar desarrollando sus habilidades y aprovechar sus nuevas oportunidades para cumplir todo

En el futuro espera continuar sus estudios, y así sacar la carrera de derecho.

## Nunca pensé quererte tanto

Nunca pensé quererte tanto,
ni llegar a extrañarte así,
jamás imaginé que esa persona
que me hacía feliz me haría sufrir
te di una parte de mí que no le daba a nadie,
sin pensar que un día te ibas a ir.

Nunca pensé que iba a buscarte
en lugares donde solíamos estar,
ni que tendría tantas cosas que contarte
y ya no te las podría contar
es raro extrañar tanto a alguien
que quizás ni se acuerda de ti.

A veces me pregunto si me recuerdas,
si te acuerdas de cómo empezó,
si alguna vez vuelves a esos momentos
o si para ti todo eso terminó
No sé si fui alguien importante en tu vida
o si fui la única que tanto lo creyó.

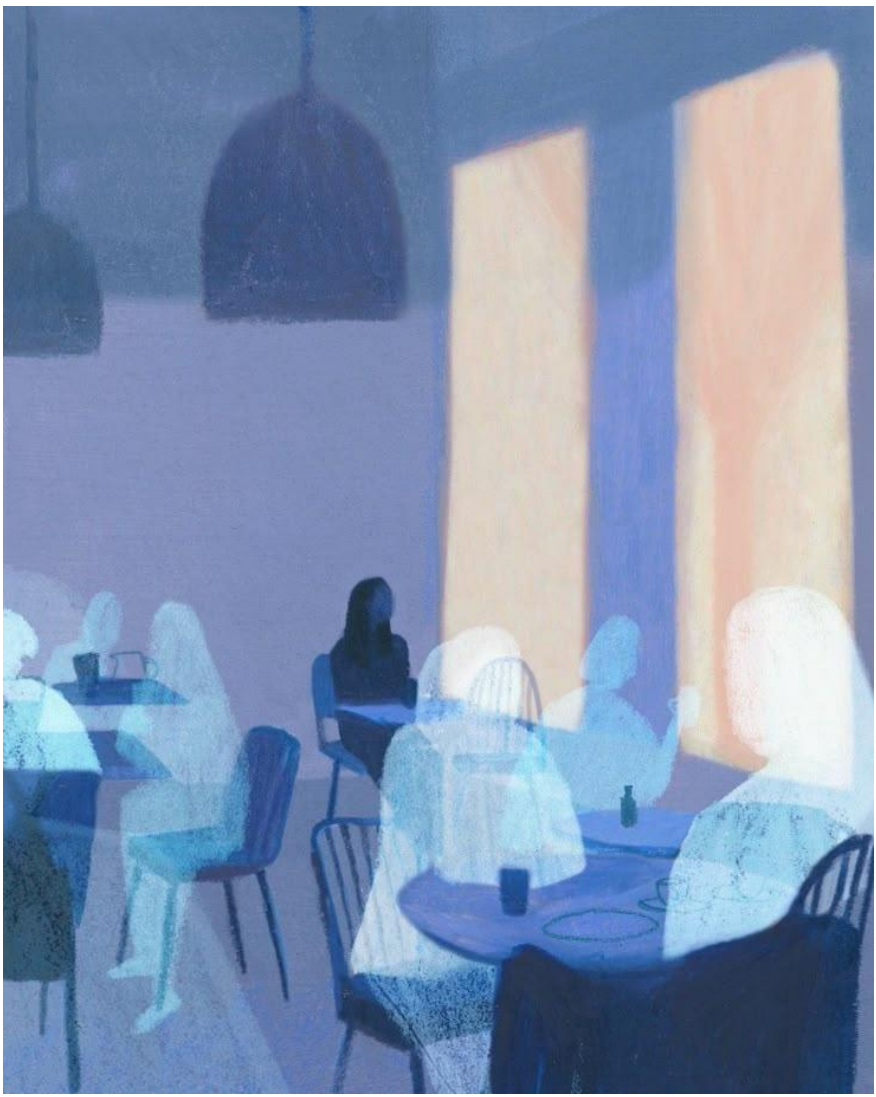
Todavía recuerdo lo que decías,
las cosas que llegué a imaginar,
yo pensando en todo lo que vendría
y tú empezando a soltarme sin hablar.
Nunca pensé que después de tantas palabras
nos quedaríamos sin nada que contar.

Ojalá llegue el día en que te vea
y no tenga ganas de llorar,
que pueda escuchar tu nombre
sin querer saber dónde estás.
Que seas alguien que conocí hace tiempo
y no alguien que todavía me hace mal.

A veces quisiera tenerte rabia,
porque sería más fácil dejarte ir,
pero no puedo fingir que no te quise
ni arrepentirme de lo que sentí.
Y aunque sé que las cosas ya no son las mismas,
hay días en que quisiera tenerte aquí.

Nunca pensé quererte tanto,
ni que me costaría dejarte atrás,
te acostumbraste a ser parte de mis días
y ahora no sé qué hacer con lo que ya no está
Tal vez algún día ya no duela recordarte,
pero ese día pronto no llegara

# Larga espera



# BIOGRAFÍA

Matilda Valdebenito Villaseca nació el 23 de enero de 2009 en San Felipe, aunque siempre ha vivido en Los Andes. Es una persona muy esforzada con respecto a sus metas, estudiosa y con un fuerte sentido de integridad, inculcado por sus padres. Disfruta de las salidas simples pero entretenidas con la gente que quiere y que es parte de su vida; asimismo, adora ir al cine, es uno de sus planes favoritos y uno que jamás la verás rechazar. También, le gustan la matemática y las ciencias, y estuvo en los electivos de ciencias de la salud, biología molecular y celular, geometría 3D y probabilidades y estadística.

Llegó a Sun Valley College en 2012 a cursar PlayGroup Mayor y se quedó ahí por el resto de su etapa escolar, algo muy interesante sobre esto es el hecho de que Matilda eligió por su cuenta, con tan solo 3 años, este colegio entre todas las opciones que sus padres le mostraron. Desde entonces, ha pasado todos sus años aprendiendo y creciendo en este lugar, al que le tiene un cariño especial por los valores y recuerdos que le ha brindado, del cual le toca despedirse en ya muy poco tiempo, al finalizar el 4to año de Enseñanza Media.

A medida que fue pasando por estos últimos años en la escuela, tuvo que empezar a preguntarse qué iba a estudiar y lo que, por lo tanto, iba a hacer por el resto de su vida; esto es algo que, aún a sus 17 años, no tiene resuelto completamente pero que ya tiene una dirección basada en sus fortalezas e intereses. Mientras tanto, está decidida a aprovechar el presente y el tiempo que le queda con sus amigos antes de terminar esta etapa e irse a la universidad, donde todos tomarán caminos distintos.

Desde pequeña, su mamá la introdujo en la lectura, interés que fue progresando al crecer; cada año al ir a la playa, ella se llevaba distintos libros para leer allí y es una costumbre que ha adoptado en general cada vez que va de viaje a algún lado; algunos de sus tipos de géneros literarios favoritos son el de misterio y los clásicos. Al entrar al electivo de literatura, confiaba en que su familiaridad con el tema le serían útil, sin embargo, se encontró con distintos desafíos durante todos los proyectos del año, como el menú literario, antologías y una obra creada y actuada por los propios alumnos; todas estas ocasiones le hicieron realizar cosas que nunca antes había hecho y que no tenía idea cómo hacer (además de sacarla de su zona de confort) pero que finalmente la hicieron crecer y desarrollar distintas habilidades que la acompañarán el resto de su vida.

Cómo último trabajo de Literatura, se le encargo escribir un poema sobre cierta temática común, acordada como grupo, donde el tema escogido fue el amor, interpretado y expresado desde sus distintas perspectivas propias de cada estudiante. Finalmente, con esta composición se termina su tiempo en este electivo.

# Larga Espera

Pacientemente espera
Observando desde afuera
Ella aguarda el anhelo
Con sus noches en desvelo
De ese amor sincero

Se dice con fe ciega
A todos les llega
A todos los aman
Pero a ella no la prefieren
Pero a ella solo la quieren

Los días pasan, los meses se acumulan
Las estrellas miran con amargura
Como avanza con su vida
No se permite cargar con la herida
De una batalla que parece pérdida

La duda la carcome
Pronto hará que se desplome
¿Será Afrodita o tal vez Cupido?
A quien tanto habrá ofendido
Para tenerla en tal olvido

Ella espera, pero no está quieta
El tiempo pasa, el pecho se le aprieta
¡Que nadie llega, que nadie la ama!
¿Llegará algún día aquella alma?
Se le agota la esperanza…

¡Tic, tac, el tiempo corre!
Ya no hay quien le miente
En su corazón lo siente
No existe tal persona
Que realmente la impresiona

Aunque rodeada de amor
No compensa el dolor
De esa pieza faltante
Resguardada por un amante
Que se mantiene distante

Algún día valdrá la pena
Tan larga condena
De continua incertidumbre
Aparecerá ese hombre
El cuál ya no más se esconde

Al menos eso se dice
Eso se repite
Cada que la punzada llega
Cuando sus pensamientos revolotean
Mientras simplemente espera…

# DIME CORAZÓN



# BIOGRAFIA

Josefa Valdebenito, nacida el 23 de enero de 2009 en San Felipe, es una alumna del Colegio Inglés y participe del electivo de Literatura.

Josefa Valdebenito creció en Los Andes en una familia amorosa compuesta por sus padres, ambos atentos y afectivos, siendo criada desde una mirada enfocada en la empatía y perseverancia, además de una hermana gemela con la que tiene un vínculo muy cercano; y lleva una larga trayectoria por el Sun Valley College, donde ha estado desde los 3 años y que se convirtió en un ambiente cálido y cercano, más que solo en ámbito educativo.

Hoy en día se encuentra cursando 4to medio, dando termino no solo a sus estudios de enseñanza media, pero terminando una etapa significativa en la vida, es una buena alumna y aunque se encarga de disfrutar este último año, está preparándose para la PAES y aspira a entrar  la carrera de medicina, de la cual se enamoró a los 12 años, convirtiéndose en su mayor sueño, a pesar de tener en claro que es difícil también tiene claro que es lo suficiente inteligente, determinada y capaz de lograrlo; ha tomado un curso sobre anatomía en la U de Chile, ha leído libros sobre fisiología y siempre anda buscando nuevas cosas que aprender sobre este campo. Sin embargo, su vida no gira en torno a los estudios, Josefa siempre se consideró alguien artística, disfrutando del dibujo, pintura, manualidades y, actualmente, lleva 2 años bailando ballet, estilo que siempre le intereso y encontraba muy hermoso, viendo los más clásicos y admirándolos desde su asiento pero que nunca se animaba a intentar, ya que se tiene la percepción de que si no se comienza en los primeros años es muy tarde, después de intentarlo se dio cuenta que podía disfrutarlo y volverse buena en ello si se esforzaba, panea continuar bailando incluso ocasionalmente durante la vida universitaria, ya que se volvió una parte de ella misma.

Dentro de todo, Josefa es una chica amable, inteligente, responsable, dedicada y preocupada por sus seres queridos; sus padres, a quienes considera que les debe todo lo que es y desea ser; sus amigos, quienes siempre han estado para ella, le ayudaron a crecer y convirtieron esta etapa en una experiencia inolvidable y bonita; sus profesores favoritos, aquellos que le otorgaron enseñanzas más que en el colegio, y a quienes nunca olvidara y cuanto le aportaron. Ella confía en que tiene un gran futuro por delante y tiene su mirada fija en este, pero siempre recordando su pasado y viviendo en su presente, siendo autentica y sincera sabe que su vida será muy bonita.

# Dime corazón

Corazón, mi buen amigo
Tantos favores me has concedido
Sé que es mucho lo que te pido
Me has recalcado que el amor es ambiguo
Pero solo puedo contar contigo

Te pedí valentía
Coraje del alma
Y que bien había salido
Me diste la alegría
Con ese lindo amor correspondido

Te pedí guía
Cuando todo se sentía perdido
A pesar de tu vista ciega
De tu sordo razonar
Yo todo te lo confío

Oh corazón mío,
Me conoces tan bien
Sólo tú sabes cuanto ha dolido
Lo mucho que tú has sufrido
Todo por alguien que ahora es un desconocido

¿Qué pasa cuando tu jardín lleno de flores?
Iluminado por su risa
Requiere muchas acciones
Y lo que antes era una brisa
Desaparece, marchitando tus rincones

Ay mi corazón,
Te extraño tanto con este vacío
Dime, mi más ingenuo amigo
Quien tanto se desvió
¿Cómo me quito esta presión del pecho?
A este muchacho

Quítame esta agonía
Déjame respirar
Devuelve la inocencia mía
Esa digna de admirar
Esa ilusión al despertar

Es inútil coser con aguja e hilo
Una quebradura de anhelo
Ya he llorado un mar
No quiero agonizar
Es el último favor que te pido